



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

VIRIATO Y NUMANCIA.

**LA GRAN CONTIENDA DE LOS ROMANOS CON CELTÍBEROS
Y LUSITANOS.**

VIRIATO AND NUMANCIA.

**THE GREAT DISPUTE OF THE ROMANS WITH
CELTIBERIANS AND LUSITANIANS**

Autor/es

Lucía García Ara

Director/es

Francisco Pina Polo

Facultad de Filosofía y Letras

2021

RESUMEN

Para reafirmar su hegemonía en el Mediterráneo, la República Romana se dispuso a conquistar Hispania. De este modo, durante la segunda mitad del siglo II a.C., los romanos tuvieron que hacer frente a dos pueblos que habitaban la Península Ibérica que no les pusieron fácil la conquista de sus tierras. Celtíberos y lusitanos se resistieron a los invasores durante más de veinte años, demostrando poseer una gran habilidad militar y estratégica. Durante el trascurso de esta guerra surgirán dos nombres propios que marcarán la historia de Roma para siempre: Viriato, un líder lusitano; y Numancia, una ciudad celtíbera. No obstante, a pesar de los grandes esfuerzos que los pueblos de la península pusieron en su resistencia ante los romanos, no lograron ganar la guerra.

Palabras clave. Hispania, guerra, lusitanos, celtíberos, Numancia, Viriato, conquista, Roma.

ABSTRACT

In order to reassert its hegemony in the Mediterranean, the Roman Republic set out to conquer Hispania. Thus, during the second half of the 2nd century BC, the Romans had to face two peoples inhabiting the Iberian Peninsula who did not make it easy for them to conquer their lands. Celtiberians and Lusitanians resisted the invaders for more than twenty years, demonstrating great military and strategic skill. During the course of this war, two names emerged that would mark the history of Rome forever: Viriato, a Lusitanian leader, and Numantia, a Celtiberian city. However, despite the great efforts of the peoples of the peninsula to resist the Romans, they did not manage to win the war.

Keywords. Hispania, war, lusitanians, celtiberians, Numancia, Viriato, conquest, Rome.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: Propósitos, motivaciones personales y metodología empleada.....	4
1. PROLEGÓMENOS: El inicio de la conquista y la provincialización de Hispania	5
2. EL ESTALLIDO DEL CONFLICTO	6
3. LA GUERRA CONTRA LOS CELTÍBEROS	8
3.1. LOS CELTÍBEROS	8
3.2. LA SEGUNDA GUERRA CELTÍBERA (154-151 a.C.)	9
3.2.1. LA CUESTIÓN DE SEGEDA	9
3.2.2. NUMANCIA COMO NUEVO OBJETIVO MILITAR	11
3.3. LA TERCERA GUERRA CELTÍBERA (143-133 a.C.)	14
3.3.1. LA GUERRA CONTRA NUMANCIA HASTA ESCIPIÓN (143-135 a.C.)	14
3.3.2. EL SITIO DE NUMANCIA POR ESCIPIÓN (134-133 a.C.)	19
4. LA GUERRA CONTRA LOS LUSITANOS	25
4.1. LOS LUSITANOS	25
4.2. EL INICIO DE LAS HOSTILIDADES CON LOS LUSITANOS (155-147 a.C.)	26
4.2.1. LA ACCIÓN DE PÚNICO, CÉSARO Y CAUCENO	26
4.2.2. LA PRIMERA CAMPAÑA EN TERRITORIO LUSITANO	28
4.2.3. LA CRUEL ACCIÓN DE GALBA.....	29
4.3. VIRIATO Y SU ACTUACIÓN CONTRA LOS ROMANOS (147-139 a.C.)	30
4.3.1. ASCENSO DE VIRIATO COMO LIDER LUSITANO.....	30
4.3.2. CAMPAÑAS CONTRA VIRIATO	32
4.3.3. LA MUERTE DE VIRIATO Y EL FIN DE LA GUERRA	38
4.3.4. LA FIGURA DE VIRIATO: Entre el mito y la realidad	40
5. CONCLUSIÓN	43
FUENTES	45
BIBLIOGRAFÍA.....	45
ANEXOS	47

INTRODUCCIÓN: Propósitos, motivaciones personales y metodología empleada.

El presente trabajo es un análisis de los sucesos ocurridos en las Guerras Lusitanas y en la Segunda y Tercera Guerra Celtíbera con el fin de comprender por qué estas civilizaciones, que se encontraban en un estadio de desarrollo muy inferior al de Roma, fueron capaces de resistir durante tantos años a la conquista de sus territorios. A lo largo de las siguientes páginas veremos las diferentes estrategias que uno y otro bando llevaron a cabo para ganar la contienda y cuáles fueron los personajes más destacados de la misma (tanto romanos como indígenas). Así mismo, he querido presentar cómo eran las sociedades a las que se enfrentaron los romanos en la segunda mitad del siglo II a.C. para entender la gran diferencia que existía entre los adversarios y cómo estas diferencias se vieron reflejadas en el combate.

La elección del tema en cuestión se debe, fundamentalmente, al gran interés que siempre ha despertado en mí la Historia Antigua en general, y la romana en particular. Roma ha sido uno de los Imperios más importantes de la historia de la humanidad, tanto por sus grandes dimensiones como por la influencia que ha tenido y sigue teniendo en el mundo. Por su parte, la elección concreta de las Guerras Celtíbero-Lusitanas como objeto de mi estudio ha sido consecuencia de, por un lado, mi fascinación por los episodios bélicos; y por otro, mi atracción hacia la historia de la Península Ibérica, que me resulta apasionante.

Para la realización del trabajo he empleado, sobre todo, fuentes secundarias, es decir, estudios que otros autores como Francisco Burillo Mozota o Mauricio Pastor Muñoz han realizado. Esto se debe a que las fuentes primarias son escasas e incompletas, lo que no quiere decir que no haya hecho uso de las mismas, siendo mi principal fuente de información el historiador romano de origen griego Apiano.

He manejado tanto libros sobre un episodio o personaje concreto (como la conquista de Numancia o la vida de Viriato), como libros generales que hablan sobre la conquista romana de Hispania en su plenitud. Además, he hecho uso de diversos artículos de revistas históricas que describen en detalle aspectos como las posibilidades defensivas de los pueblos peninsulares. Al poner en común todas estas fuentes he podido realizar un relato lo más objetivo posible de los 20 años de guerra que ocupan este estudio.

1. PROLEGÓMENOS: El inicio de la conquista y la provincialización de Hispania

La conquista romana de Hispania fue un proceso lento y duradero que se inició en el 218 a.C. y finalizó en el 19 a.C., por lo que requirió una gran inversión de recursos tanto económicos como humanos. La razón por la que los romanos decidieron tomar este territorio fue su enemistad con Cartago, dado que la Península Ibérica se había convertido en «*la principal colonia de explotación y fuente de aprovisionamiento del Estado cartaginés*»¹.

Roma no podía permitir que su principal adversario se enriqueciese con tanta facilidad, por lo que las tensiones entre ambas potencias volvieron a aumentar. Así pues, se iniciaría la Segunda Guerra Púnica, un conflicto que duraría hasta el 201 a.C. y que tendría como protagonistas a los hermanos Escipión y a Aníbal Barca. En esta guerra, las tribus indígenas sirvieron como soldados tanto en el ejército romano como en el cartaginés, llegando incluso a cambiar de bando en alguna ocasión. A lo largo del conflicto se produjeron diferentes enfrentamientos, pero la batalla definitiva que le otorgó la victoria a Roma y que marcó el final de la guerra se libró en Zama en el año 202 a.C., aunque sería al año siguiente cuando se firmase la paz definitiva.

No obstante, y a pesar de haber cumplido su principal objetivo, «*la imposibilidad de renunciar a los ingentes y valiosos medios peninsulares decidió al gobierno romano a volver las armas contra los antiguos aliados y exigir por la fuerza lo que era imposible solicitar por pactos de alianza*»². De este modo se sucedieron tres años de estériles campañas militares que decidieron al Senado romano a provincializar los territorios hispanos, creándose en 197 a.C. la Hispania Citerior y la Hispania Ulterior.

Sin embargo, los pueblos indígenas no se rindieron a la autoridad romana, por lo que los primeros veinte años de dominio provincial romano en la Península Ibérica se reducen a una serie de costosas campañas que sirvieron para asegurar el sometimiento interior de las provincias. En este sentido destaca la actuación del Cónsul Marco Porcio Catón, que situó bajo control romano una tercera parte de la Península Ibérica, «*la que bordeaba las*

¹ ALVAR EZQUERRA, Jaime, *Entre fenicios y visigodos. La Historia Antigua de la Península Ibérica*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, págs. 152-153.

² *ibíd.*, págs. 155.

costas este y sur. Esta zona se correspondía prácticamente con las tierras pobladas por tribus íberas, que estaban más desarrolladas»³.

Tras esta fase de sometimiento, destaca la figura de Tiberio Sempronio Graco, que se encargará, tras acabar con la resistencia de los celtíberos, de organizar las fronteras provinciales mediante una serie de pactos y alianzas con diferentes tribus de la zona que se basaban en el reconociendo mutuo de una serie de derechos y obligaciones.

2. EL ESTALLIDO DEL CONFLICTO

Sin embargo, el interés romano por ampliar su influencia económica en la Península Ibérica dio lugar a nuevos abusos y a que se regresara a una política de subordinación. Así pues, los años transcurridos desde la pretura de Graco hasta el inicio de las guerras celtíbero-lusitanas *«representan para Hispania una extensión progresiva del capitalismo romano y de la subsiguiente explotación económica de sus recursos»⁴.*

En consecuencia, las provincias romanas de Hispania se convirtieron en meros campos de enriquecimiento donde los gobernadores podían ver incrementados sus recursos y su prestigio. Además, los mandatos de estos gobernadores eran demasiado breves como para poder realizar una buena gestión política y administrativa, por lo que la única manera de demostrar que había llevado a cabo su trabajo de manera correcta era si recibían un triunfo en su regreso a Roma.

El Senado romano comprendió que esa situación era insostenible, por lo que procedió a aprobar en 149 a.C. la *Lex Calpurnia*, una ley a través de la cual se creaba un tribunal encargado de procesar a los magistrados corruptos y de la que hablaremos más adelante. No obstante, este “tribunal permanente contra la corrupción” no dio buenos resultados, dado que estaba compuesto por hombres que pertenecían a la misma clase que los que eran juzgados (lo que se traducía en que la mayoría de las veces se les acababa absolviendo).

³ NEGRETE MEDINA, Javier, *La Conquista Romana de Hispania*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, pág. 139.

⁴ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid, Ediciones Istmo, 2001, pág. 137.

Toda esta situación generó un gran malestar entre los pueblos indígenas de Hispania, por lo que no es de extrañar que llegara un momento en el que alguno de estos pueblos se levantase en armas contra los invasores. Ese momento se dio a mediados de la década de los 50 y los protagonistas del levantamiento fueron los celtíberos y los lusitanos, iniciándose, de este modo, un periodo de veinte años de guerras semi-permanentes en el que los nombres de Viriato y Numancia adquirirían una importancia trascendental.

Tenemos que comprender la relevancia de que, durante dos décadas, hubiera una permanente presencia militar romana en Hispania por esta situación de amenaza constante sobre ambas provincias. Es decir, el hecho de que celtíberos y lusitanos amenazasen a la vez la Citerior y la Ulterior respectivamente, supuso para Roma un gran esfuerzo militar y económico, lo cual evidenció la gran resistencia que los pueblos indígenas opusieron al avance romano.

Ahora bien, *«el conjunto de anécdotas que forman la trama de las llamadas guerras celtíbero-lusitanas, (...) no pueden explicarse sólo, como generalmente se hace, en las condiciones que emanan del propio escenario de la guerra»*⁵. Es decir, el desarrollo y la larga duración de la guerra no dependieron únicamente de la dura resistencia que ofrecieron los celtíberos y los lusitanos, sino que también de la difícil situación que atravesaba el Estado romano, que estaba en ese momento manteniendo varios frentes abiertos.

Un Estado romano que estaba atravesando diversas dificultades (como una crisis social y oligárquica, problemas con el ejército, complicaciones en la política exterior...) que le impedían aportar la coherencia de mando necesaria para ganar la guerra. Esto explicaría, en cierto modo, que un ejército tan perfeccionado como el romano no fuera capaz de vencer rápidamente a tribus con un menor nivel de desarrollo (razón por la cual las guerras contra estos dos pueblos generarían entre los soldados y la población romana una sensación de humillación y vergüenza).

⁵ ibíd., pág. 149.

3. LA GUERRA CONTRA LOS CELTÍBEROS

3.1. LOS CELTÍBEROS

Los celtíberos fueron un conjunto de pueblos que habitaron en un lugar que se encontraba «a caballo entre el borde montañoso oriental de la Meseta, constituido por la Cordillera Ibérica, y el Valle del Ebro con su principal afluente por la derecha, el Jalón»⁶. A lo largo de los años se ha debatido acerca de qué pueblos formaban parte de este conglomerado, y en la actualidad existe un consenso entre los historiadores en considerar celtíberos a, por lo menos, cinco pueblos: los belos, los titos, los lusones, los arévacos y los pelendones.

Todos estos pueblos formaban una confederación que «imponía deberes de defensa mutua de cada una de las tribus. (...) En su funcionamiento o composición interna la liga no era, al parecer, igualitaria»⁷, por ejemplo, los titos estaban subordinados a los belos. Además, los arévacos, que habrían sido los artífices de la creación de la confederación, fueron los que ocuparon el papel predominante (tanto en la propia confederación como en la lucha contra los romanos).

A través de las fuentes epigráficas podemos observar que entre estos pueblos existía un elemento común, su lengua, que se encontraba estrechamente emparentada con las célticas europeas (lo cual muestra su pertenencia a las lenguas indoeuropeas). No existen suficientes textos como para traducir literalmente lo que pone en las escrituras, pero sí que podemos hacernos una idea bastante exacta de lo que dice. Una de las inscripciones más conocidas escritas en celtibérico es la los Bronces de Botorrita (Zaragoza).

A todo esto cabe añadir que la Celtiberia estaba, con respecto a otras regiones de la Península como la Lusitania, bastante avanzada (aunque había otros pueblos en el litoral mediterráneo que lo estaban todavía más). Los celtíberos habitaban en ciudades porque su nivel de desarrollo económico, social y político era mayor que el de otras tribus peninsulares, como los lusitanos, que eran seminómadas (como veremos más adelante).

⁶ SALINAS DE FRÍAS, Manuel, *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones Akal, 2010, pág. 93.

⁷ SALINAS DE FRÍAS, Manuel, *Conquista y romanización de la Celtiberia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, págs. 100-101.

Así pues, «*las etnias celtibéricas pueden considerarse entidades de carácter supraestatal dado que aglutinan diferentes ciudades con entidad estatal*»⁸.

Los celtíberos eran, además, grandes guerreros, y así nos lo muestra Estrabón (III, 3, 13) en su conocida obra *Geografía*:

«Demostraron su valor en la guerra de los celtíberos contra los romanos, que duró veinte años, pues fueron destruidos muchos ejércitos con sus generales, y los numantinos, cercados, se mantuvieron firmes hasta el final de la expedición de unos pocos que entregaron la muralla».

También Diodoro de Sicilia (V, 33-34) nos habla de la valentía de estos guerreros, ofreciéndonos además un análisis detallado sobre su indumentaria y sus armas:

«Este pueblo, al parecer, ofrece para la guerra no sólo una excelente caballería, sino también unos soldados de infantería que destacan por su valor y resistencia. Llevan unos bastos mantos negros cuya lana es semejante al pelo de las cabras. En cuanto a las armas, algunos celtiberos van pertrechados con escudos ligeros como los de los galos, y otros con escudos convexos redondos (...); en torno a las piernas envuelven grebas de pelo, y en sus cabezas ponen yelmos de bronce».

3.2. LA SEGUNDA GUERRA CELTÍBERA (154-151 a.C.)

3.2.1. LA CUESTIÓN DE SEGEDA

La acertada política de Graco mantuvo la Península exenta de conflictos relevantes durante décadas, pero en los años 155 y 154 a.C. estallaron las guerras contra lusitanos y celtíberos. En el caso de la Celtiberia, el *casus belli* fue un problema con la ciudad de Segeda.

Las tribus de la Celtiberia habían visto incrementada su población y sus recursos, lo que dio lugar a un aumento del número de grupos. Ante esta situación, las tribus tendieron a unirse entre sí para formar asentamientos de gran tamaño, ejemplo de lo cual fue Segeda, una ciudad perteneciente a los belos situada en Mara, un municipio español de la provincia de Zaragoza que se sitúa a unos 15 km de la actual Calatayud.

⁸ BURILLO MOZOTA, Francisco, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona, Crítica, 1998, pág. 145.

De este modo, los segedenses decidieron «*ampliar su ciudad y, como consecuencia, sus fortificaciones, para albergar a los pequeños núcleos de población de los alrededores, no sólo belos, sino también de los vecinos titos, en una especie de sinecismo*»⁹ o cohabitación (los segedenses querían ampliar el perímetro de sus murallas alrededor de ocho kilómetros).

Este hecho, que reflejaba el grado de desarrollo que estaba alcanzando la ciudad, incumplía, según los romanos, el punto de los acuerdos de Graco que prohibía a los celtíberos construir y fortificar nuevas ciudades. Así pues, el Senado romano reaccionó con una tajante prohibición de continuar con las obras y con la exigencia de que se les entregaran una serie de tributos atrasados que se habían estipulado en época de Graco.

No obstante, los segedenses se negaron a desistir de su propósito sin antes intentar explicar a los romanos cómo entendían ellos los acuerdos. Intentaron argumentar que «*en el tratado sólo se hablaba de ciudades nuevas y no de antiguas, como era Segeda*»¹⁰, pero esto no sirvió de nada.

Los romanos, que no podían permitir este tipo de actos que atentaban contra su dominio sobre las provincias, consideraron rotos los acuerdos y declararon la guerra a la ciudad, enviando contra ella al cónsul Quinto Fulvio Nobilior, que llegó a Hispania con un ejército de 30.000 hombres antes de que los segedenses hubiesen finalizado la construcción de la muralla. Éstos se vieron obligados a huir y buscar refugio en otro lugar. Serían los arévacos los que acogerían a los segedenses en la ciudad de Numancia «*en virtud de los acuerdos de defensa mutua que imponía la confederación de las tribus*»¹¹.

La decisión de enviar al cónsul Nobilior a gobernar la Citerior parece estar condicionada por los intereses de la oligarquía romana, dado que nada parece indicar que la amenaza celtíbera fuese lo bastante grande como para enviar a un cónsul y comenzar una guerra de grandes dimensiones.

⁹ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, op. cit., pág. 151.

¹⁰ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, *La aventura de los romanos en Hispania*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009, pág. 80.

¹¹ SALINAS DE FRÍAS, Manuel, op. cit., pág. 33.

Es decir, que el final de la Tercera Guerra Macedónica en el 168 a.C. había dejado a los generales romanos sin escenarios donde conseguir triunfos militares, por lo que no es de extrañar que se convenciese al Senado para convertir Hispania en un área donde se pudiese alcanzar la gloria militar. Sin embargo, Nobilior no realizó un gran papel en la guerra contra los celtíberos, y sus sucesores no lo hicieron mejor.

Hay autores como Burillo Mozota (en su obra *Segeda. La ciudad celtibérica que cambió el calendario*) que defienden que la llegada de Nobilior a Hispania tuvo repercusión directa sobre el calendario oficial romano, aunque este no es un hecho comprobado y podría ser una simple coincidencia. Hasta entonces, los cónsules entraban en el cargo el día 15 de marzo y entonces comenzaban sus preparativos de guerra. Sin embargo, cuando llegaban a su destino el año estaba muy avanzado y no podían llevar a cabo las campañas correctamente, por lo que decidieron adelantar el comienzo del año al día 1 de enero. «Esto provocó una incoherencia en los nombres de los meses, ya que los romanos, tan conservadores, no los modificaron»¹². Es por ello que septiembre, octubre, noviembre y diciembre no coincidan con los meses séptimo, octavo, noveno y décimo del año.

3.2.2. NUMANCIA COMO NUEVO OBJETIVO MILITAR

Volviendo al conflicto, arévacos, belos y titos eligieron como general a un hombre llamado Caro para hacer frente a la amenaza romana. Como primera medida, Caro decidió asentar en unos bosques a 25.000 soldados para tender una emboscada a los romanos (23 de agosto de 153 a.C.). Así nos lo cuenta Apiano (Ibér, 45), aunque tenemos que tener cautela con las cifras ofrecidas por el mismo:

«Caro atacó a los romanos en un bosque mientras lo estaban atravesando y, aunque la batalla estuvo igualada durante largo tiempo, consiguió una brillante victoria y aniquiló a seis mil ciudadanos romanos (...). Pero como tras la victoria tuvo lugar una persecución desordenada, la caballería romana que custodiaba los bagajes les atacó a la carrera y dieron muerte al propio Caro a pesar de que destacó por su valor y a otros de su entorno, no inferiores en número también éstos a los seis mil».

¹² NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 176.

Una vez finalizada la batalla, los grupos celtíberos regresaron a Numancia y eligieron dos nuevos generales: Ambón y Leucón. Ante esta situación, otras ciudades de los alrededores como Nertobriga y Ocilis se unieron a la causa rebelde.

Mientras tanto, Nobilior optó por asentar un campamento a cuatro kilómetros de la ciudad, distancia que reflejaba el respetuoso temor que los romanos profesaban a los celtíberos. Allí el cónsul recibió refuerzos del rey númida Masinisa, quien aportó, entre otras cosas, una decena de elefantes que decidirían el destino de la batalla.

De este modo, comenzó la primera ofensiva a la ciudad de Numancia. Nobilior contaba con el factor sorpresa de los elefantes, que atemorizaron a los celtíberos que habían salido de la ciudad para defenderla obligándoles a retroceder a intramuros, desde donde lanzaron proyectiles de piedra a los grandes animales. *«Uno de ellos fue alcanzado en el cráneo por uno enorme. La reacción del animal fue terrible. Se volvió contra las filas romanas, causándoles un estropicio devastador»*¹³. Así pues, los romanos tuvieron que retirarse y abandonar su intento de alcanzar los muros numantinos, no sin antes dar muerte a cerca de 2.000 celtíberos.

La campaña del 153 a.C. había fracasado, por lo que Nobilior tuvo que abandonar el campamento y retirarse a la espera de ceder su puesto a su sucesor, que en este caso sería el cónsul Marco Claudio Marcelo. Esta derrota, sumada a la infligida por los lusitanos en la Ulterior, dejaba a Roma en una situación que no se podía permitir. Celtíberos y lusitanos continuaban sin ser sometidos, lo que dificultaba el control de Hispania por parte de los romanos, algo inaceptable dada la cantidad de recursos que se obtenían allí. *«Por tanto, los reveses de esa campaña debían ser subsanados con la máxima presteza, y así se hizo»*¹⁴.

Claudio Marcelo era un hombre de gran experiencia militar y que había servido en Hispania como pretor, por lo que era la persona perfecta para asumir el control de la situación. Tanto es así que el senado tuvo que promulgar una ley especial que le permitiese ser cónsul por tercera vez y ponerse al frente del ejército en la contienda contra

¹³ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 84.

¹⁴ ibíd., pág. 85.

los celtíberos. Claudio demostró ser un gran general y estratega al decidir no emprender la guerra contra Numancia sino centrarse en las pequeñas ciudades de la zona.

Su primera misión fue reconquistar Ocilis, por lo que se dispuso a marchar contra la ciudad, y, aunque sufrió una emboscada durante el camino, logró eludir el ataque y llegar a la ciudad. Logró rápidamente la sumisión de Ocilis a través de la persuasión, dado que solo tuvieron que entregar unos rehenes y 30 talentos de plata. Al enterarse de la noticia, los de Nertobriga solicitaron igualmente la paz, a la que Marcelo accedería a cambio de 100 jinetes.

Todo parecía ir bien, pero de repente los romanos sufrieron el ataque sorpresa de un grupo de personas de Nertobriga, por lo que el cónsul decidió ponerle sitio a la ciudad. Ante esta situación, los ciudadanos de Nertobriga decidieron solicitar la capitulación, algo a lo que Marcelo accedería a cambio de que todos los celtíberos se sometieran a la paz.

Así pues, *«con la hábil combinación de fuerza y clemencia frente a las ciudades de Ocilis y Nertobriga, logró el positivo resultado de que todas las tribus celtíberas, incluidos los arévacos, aceptaran enviar legiones a Roma para discutir la renovación de los pactos de Graco»*¹⁵.

Una vez en Roma, titos y belos fueron acogidos dentro de la urbe, mientras que los arévacos tuvieron que acampar al otro lado del Tíber, fuera del *pomerium*. Esto fue así porque, mientras los primeros se habían declarado aliados de Roma, los segundos se habían posicionado en su contra.

Durante las negociaciones, Marcelo, que se había quedado en Hispania, se trasladó al norte de la Lusitania para colaborar en las operaciones militares de la zona. *«En las negociaciones con el Senado afirmaban las tribus de la región citerior que los arévacos eran los únicos culpables e imploraron para sí el perdón con un castigo moderado»*¹⁶. No obstante, solicitaron a los romanos que se mantuvieran las legiones de Hispania o que se enviasen ejércitos una vez al año para mantener a los arévacos controlados.

¹⁵ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, op. cit., pág. 153.

¹⁶ SCHULTEN, Adolf, *Historia de Numancia*, Barcelona, Editorial Barna, 2004, pág. 63-64.

Por su parte, los arévacos accedieron a firmar la paz y a pagar una indemnización a cambio de que se mantuviese la autonomía que se les había concedido en el tratado de Graco. Ante estas declaraciones, se produjo una división entre los miembros del Senado con respecto a la decisión que debían tomar, pero finalmente se le ordenó a Marcelo emprender de nuevo la guerra contra los celtíberos.

El cónsul recibió este mensaje a principios del año 151 a.C., por lo que suponemos que llegaría a Numancia alrededor del mes de abril, estableciendo un campamento a 1 km de la ciudad. Sin embargo, «*Marcelo no estaba dispuesto a dejarse llevar de la voluntad de su gobierno en el sentido de una política de fuerza, sino que hizo su política propia, creyendo que era más conveniente para Roma mantenerse en paz con los iberos*»¹⁷. Así pues, negoció con los celtíberos la renovación de los acuerdos de Graco, lo que le ocasionó una serie de acusaciones en el Senado que iban desde cobarde hasta traidor.

Esta paz firmada por Marcelo en la primavera de 151 a.C. perduró hasta el 143. Sin embargo, antes de ser conocedores de este acuerdo, los miembros del senado habían organizado una nueva campaña con un ejército al servicio de Lucio Licinio Lúculo del que formaría parte Publio Cornelio Escipión (que se había ofrecido voluntario ante los problemas de reclutamiento causados por el miedo que producía la guerra en Hispania).

Al llegar el nuevo cónsul a Hispania y enterarse de la noticia de la paz, lejos de regresar a Roma, decidió emprender una guerra contra los vecinos de los celtíberos, los vacceos, pero no obtuvo grandes resultados. «*La empresa era atractiva, pero temeraria, al no estar apoyada por puntos seguros en la retaguardia, y así, la campaña sólo consiguió cristalizar unánimes sentimientos de odio en las tribus vacceas*»¹⁸.

3.3. LA TERCERA GUERRA CELTÍBERA (143-133 a.C.)

3.3.1. LA GUERRA CONTRA NUMANCIA HASTA ESCIPIÓN (143-135 a.C.)

Las fuentes documentales no ofrecen mucha información del periodo comprendido entre el 151 y el 143 a.C. relativa a la Celtiberia, lo que permite suponer que los tratados firmados con los romanos fueron más o menos respetados. Sin embargo, las victorias

¹⁷ ibíd., pág. 65.

¹⁸ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel, *La España Romana*, Madrid, Historia 16, 1989, pág. 24.

obtenidas por Viriato y su diplomacia con las tribus de la Citerior despertaron una chispa entre las tribus celtíberas, que decidieron volver a sublevarse contra los romanos.

Para acabar con la rebelión, fue elegido como gobernador de la Citerior el cónsul Quinto Cecilio Metelo Macedónico, quien, junto a 30.000 infantes y 2.000 jinetes, se dirigió a Hispania dispuesto a acabar definitivamente con la resistencia de la Celtiberia sometiendo a todas y cada una de las tribus de Oriente a Occidente.

Su primer objetivo fueron las ciudades de los belos y los titos, destacando entre ellas Centobriga. Metelo fracasó en su intento por tomar la ciudad, dado que los habitantes de la misma habían situado sobre las murallas varios rehenes pertenecientes a tribus que eran aliadas de Roma, por lo que no pudieron descargar la artillería contra la ciudad. Este noble gesto sería tenido en cuenta por las tribus aliadas en el transcurso de la guerra.

Otro hecho destacable del mandato de Metelo fue la toma de la ciudad de Contrebia, una importante plaza que pertenecía a los lusones. En un primer momento, el asedio de la ciudad fracasó porque se produjo la desertión de cinco cohortes del ejército romano, por lo que Metelo ordenó la retirada. Sin embargo, unas semanas después organizó un ataque sorpresa contra la ciudad y consiguió tomarla sin complicaciones.

La guerra contra todas estas tribus había exigido casi dos años, pero una vez sometidas Metelo ya podía centrarse en su objetivo principal: Numancia. *«No obstante, los romanos se entretuvieron en demasía en diversas refriegas por tierras vacceas y, para cuando quisieron asediar Numancia, el mandato de Metelo ya había expirado»*¹⁹.

El elegido para sucederle fue Quinto Pompeyo, que llegó a la península en la primavera del año 141 a.C. y se dirigió inmediatamente a Numancia dispuesto a acabar con la resistencia que oponía esa ciudad. De este modo, se asentó en el cerro de Castillejo, en el mismo lugar en el que lo había hecho años atrás Nobilior, pero sufrió la misma suerte que él, pues lanzó contra la ciudad un ataque frontal que fracasó estrepitosamente.

Ante la imposibilidad de tomar la ciudad, Pompeyo puso la mirada ante Tiermes, a la que creyó un objetivo más asequible. Lanzó en el mismo día tres ataques contra la ciudad y los tres fracasaron. De hecho, en el último intento muchos soldados acabaron despeñados por un barranco. Así nos lo cuenta Apiano (Ibér, 77): *«tras haber acorralado*

¹⁹ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 90.

a los romanos hacia lugares escarpados, a muchos de ellos, tanto infantes como jinetes con caballos y todo, los despeñaron hacia el precipicio».

La lucha continuó al día siguiente, y los soldados estuvieron peleando hasta el anochecer, en lo que, según Apiano, fue una batalla igualada sin un claro vencedor.

Ante esta situación, Pompeyo se retiró a invernar a Valencia para esperar a su sucesor, pero como éste no llegó, en la primavera de 140 a.C. *«Pompeyo decidió lanzar una nueva ofensiva contra Numancia. Esta vez probó a unir con un foso el Merdancho, al sur de la ciudad, con el Duero, situado al oeste, para rodear la ciudad con un cerco de agua y reducirle por hambre»*²⁰. Sin embargo, los numantinos salieron de su fortaleza para evitar la obra y defender su ciudad, y lo consiguieron, dado que en ella siguieron entrando víveres tanto por tierra como por agua.

Antes de que finalizase su cargo, desesperado, Pompeyo intentó arreglar la situación con los numantinos mediante un pacto en el que los celtíberos debían entregar a los romanos tanto a los rehenes, prisioneros y desertores como una elevada cantidad de plata (30 talentos, mitad de los cuales fueron entregados inmediatamente a Pompeyo, quien se los quedó para sí). Sin embargo, los senadores desautorizaron la validez del pacto con el argumento de que no había sido ratificado por el Senado. Así pues, en su regreso a Roma, Pompeyo tuvo que hacer frente a una acusación por conducta indigna y corrupción, de la que finalmente saldría ileso.

En la primavera del 139 a.C. le sucedería en el cargo Marco Popilio Lenas, quien, investido como procónsul, retomaría la guerra contra los numantinos en el 138 a.C. Durante el año 139 a.C. la guerra contra Numancia sufrió un paréntesis, dado que en Roma se estaban discutiendo los pactos de Pompeyo. Así pues, durante este año Popilio se dirigió a la Ulterior para socorrer a su colega, Sevilio Cepión, en su lucha contra Viriato (líder lusitano).

A su vuelta de la Lusitania, tras haber logrado una victoria diplomática contra los lusitanos, se dispuso a tomar Numancia, pero, al igual que sus antecesores, fracasó en el intento. Cuando se aproximó a la ciudad y

«vio que los numantinos se quedaban detrás de sus murallas pensó que era por cobardía y creyó que podía tomar la ciudad sin gran esfuerzo. Confiado, colocó

²⁰ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 197.

las escaleras para el asalto. Pero como tampoco entonces se veía ningún defensor, se atemorizó y llamó a su gente para retirarse. Aquel era el momento favorable para los sitiados: se arrojaron sobre los romanos que se retiraban y les ocasionaron graves pérdidas»²¹.

Cuando parecía que nada podía ir a peor, llegó el año 137 a.C. con la actuación de Hostilio Mancino, el cónsul que sucedería a Popilio en el gobierno de la Citerior. Tomó el mando del ejército en la costa levantina en primavera de ese año y emprendió el camino hacia Numancia, dispuesto a conquistarla. Una vez alcanzada la ciudad, tuvo una serie de encontronazos con los numantinos y tuvo que retirarse a su campamento. No obstante, una vez allí, le llegaron noticias de que cántabros y vacceos estaban acudiendo al lugar para socorrer a los numantinos.

Ante esta situación, el cónsul se vio obligado a huir hacia el valle del Ebro, pero en el camino fue sorprendido por los celtíberos y su ejército quedó bloqueado, lo que le obligó a rendirse para salvar su vida y la de sus hombres. Los numantinos aceptaron la capitulación y dejaron marchar al ejército romano a cambio de obtener una total autonomía para su ciudad. La firma de este tratado de paz, que era humillante para Roma, solo fue posible gracias a la intervención del cuestor de Mancino, Tiberio Sempronio Graco, en el que los indígenas confiaron por ser hijo del hombre que les ofreció aquellos pactos en el año 179 a.C.

Cuando en Roma se enteraron de la firma de este acuerdo, se mandó llamar a los representantes de Numancia para se discutir la validez del tratado de Mancino. Se permitió a los numantinos exponer sus argumentos, pero la decisión final del Senado fue rechazar la paz firmada por Mancino. *«Era la tercera vez que Roma rechazaba un tratado pactado entre su general y los íberos, pues ya el Senado había revocado también el de Serviliano con Viriato y la paz concertada entre Pompeyo y los numantinos»²².*

«El Senado romano consideró un ultraje lo realizado por el cónsul cobarde y rechazó cualquier acuerdo firmado por él. Para mayor constatación de esa repulsa,

²¹ SCHULTEN, Adolf, op. cit., pág. 85.

²² *Ibíd.*, pág. 85

*ordenó a Mancino que se entregara a los numantinos, como signo evidente de que se aceptaba una derrota y no una rendición. »*²³.

El cónsul estuvo desnudo y maniatado durante un día entero enfrente de la ciudad, pero los numantinos se negaron a aceptar esa “ofrenda” y no quisieron saber nada de él. Así pues, en su regreso a Roma Mancino fue privado de su ciudadanía, que no recuperaría hasta pasados unos cuantos años. Mientras se daban las negociaciones, Marco Emilio Lépido había sido enviado a Hispania para encargarse del gobierno de la Citerior, pero sería el siguiente gobernador, Furio Filo, el que tendría que encargarse del castigo de Mancino.

Durante unos años Numancia no sufrió más ataques, a pesar de que el Senado había ordenado la continuación de la guerra. Esto fue así porque *«los sucesores de Mancino prefirieron concentrar sus ataques contra los vacceos»*²⁴. Ejemplo de ello fue la campaña llevada a cabo por Lépido en el año 136 a.C. contra esta tribu a la que acusó de haber suministrado trigo a los numantinos. Esta falsa acusación solo era una excusa para poder obtener un triunfo militar, por lo que el Senado se negó a apoyar la guerra y envió dos legados para evitarla. Pero Lépido siguió adelante y emprendió su campaña, de la cual salió derrotado y con 6.000 hombres menos. Debido a su desobediencia fue destituido y sancionado con el pago de una multa.

Le sustituyó en el gobierno de la Citerior el cónsul Lucio Furio Filo, quien recibió la orden, una vez más, de llevar la guerra contra Numancia. Sin embargo, Furio desobedeció la orden y optó por enfrentarse contra los vacceos, quienes le vencerían. Esto demostraría la incapacidad tanto política como militar del cónsul, lo que le valdría su destitución y sustitución por Cayo Calpurnio Pisón en 135 a.C., quien seguiría los pasos de su predecesor y evitaría la guerra con Numancia para enfrentarse a los vacceos.

Llegados a este punto, y tras tanta vergüenza, derrotas y humillaciones, el pueblo romano exigió que Publio Cornelio Escipión Emiliano fuese elegido como general para llevar la guerra contra los numantinos y someter, de una vez por todas, la totalidad de la Celtiberia. Sin embargo, y a pesar de que ya habían pasado más de diez años desde su último consulado, *«se había aprobado recientemente una ley que prohibía incluso esa*

²³ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 93.

²⁴ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 197.

segunda elección. Pero existía tanto interés en que Escipión Fuese cónsul que el senado pidió a los tribunos que aprobaran un plebiscito para suspender esa ley»²⁵. Así pues, en el año 134 a.C. Escipión fue nombrado cónsul y se le atribuyó el mando de las legiones de Hispania (algo que el propio Escipión deseaba desde hacía tiempo), a donde llegó a mitad de marzo de ese mismo año.

3.3.2. EL SITIO DE NUMANCIA POR ESCIPIÓN (134-133 a.C.)

Escipión pasó el invierno de 135-134 planeando cómo sería la ofensiva ante Numancia. Las tropas que le esperaban en Hispania habían demostrado ser totalmente ineficaces, y el Senado no le permitía renovar el ejército dado que aún no habían pasado los seis años de servicio, por lo que un nuevo asalto a la ciudad era una opción impensable. Ante esta situación, Escipión decidió que la mejor alternativa para acabar con la resistencia celtíbera era poner sitio a la ciudad y conseguir una rendición por falta de suministros.

Cuando llegó a Hispania se encontró con un ejército totalmente indisciplinado, pero con suerte había podido llevar consigo a 4.000 voluntarios de su confianza que le sirvieron como base para reorganizar el ejército. Eligió a 500 de estos hombres para formar un *cohors amicorum* (o tropa de amigos) a partir de sus soldados más leales y cercanos que le ayudarían en su tarea de disciplinar al ejército (entre ellos destacan grandes figuras de la historia de Roma, como Cayo Mario o Cayo Graco).

Aun así, Escipión se encontraba ante una situación peliaguda. Según nos cuenta Adolf Schulten en *Historia de Numancia* (Barcelona, Editorial Barna, 2004), el cónsul llevó a cabo multitud de reformas y prohibiciones con el fin de que el lamentable ejército que se le había otorgado se convirtiera en un ejército dócil y leal. Entre estas medidas que nos ofrece Schulten destacan, por ejemplo, la prohibición de dormir en cama o de bañarse con agua caliente, la obligatoriedad de desayunar de pie o limitación de equipaje que podían llevar los soldados.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 202.

Además, añade el autor, «*los soldados debían aprender día tras día a construir un campamento y a demolerlo, a cavar fosos profundos y a llenarlos de agua, a levantar sólidos vallados y a derribarlos*»²⁶. Y una vez hubieran aprendido a realizar correctamente todas estas actividades que les servirían más adelante en la circunvalación de Numancia, debieron aprender a marchar.

Solo una vez su ejército estuvo lo suficientemente preparado y disciplinado, Escipión emprendió su campaña por Hispania. Este momento llegó en verano de 134 a.C., cuando los romanos se dirigieron a territorio vacceo para evitar que desde allí se suministrase ningún tipo de recurso a Numancia y para abastecerse de trigo suficiente para mantener a las tropas. Apiano (Iber. 88) nos cuenta cómo fue el primer encuentro del ejército de Escipión con los vacceos:

«En cierta llanura de Palatina, llamada Coplano, los de Palatina ocultaron un gran número de hombres tras las cimas de unas colinas, mientras con otros hostigaban abiertamente a los que trataban de aprovisionarse. Pero Escipión ordenó a Rutilio Rufo (...) que tomando consigo cuatro compañías de caballería rechazara a los que los hostigaban. Así pues, Rufo los siguió sin concesiones cuando se retiraban y se abalanzó sobre los que trataban de huir (...). Escipión, en contra de lo ordenado, le siguió con temor a toda prisa y, cuando descubrió la emboscada, dividió en dos grupos a sus jinetes y les ordenó a cada uno de ellos que se lanzaran contra sus enemigos por secciones y que tras arrojar sus jabalinas se retirasen todos de forma inmediata (...). Así consiguió llevar a salvo a los jinetes hacia la llanura».

Escipión continuó hostigando a las poblaciones de los alrededores de Numancia para evitar que ofreciesen ayuda a los numantinos cuando comenzase el cerco de la ciudad, y una vez finalizado el verano, en septiembre de 134, llegó el ejército romano a las puertas de Numancia. Dicho ejército estaba compuesto en ese momento por unos 50.000 hombres (sumando tropas aliadas e itálicas), por lo que era la mayor tropa que un general romano había dirigido en territorio hispano. Y lo que es más importante, superaba con creces al ejército enemigo, que contaba con poco más de 4.000 guerreros.

²⁶ SCHULTEN, Adolf, op. cit., pág. 97.

Al llegar, el general romano se sorprendió ante las pequeñas dimensiones de la ciudad, pero sabía que tenía que tener precaución ante el poderoso enemigo, dado que los numantinos ya habían derrotado al ejército romano en varias ocasiones. Conquistar Numancia era una misión que no podía permitirse fallar, dado que *«aquella pequeña fortaleza no iba añadir mucha gloria al hombre que había destruido la poderosa Cartago. Pero si cometía algún error sí que podía dilapidar todo el prestigio conquistado a lo largo de su carrera»*²⁷.

Así pues, aunque lo normal hubiese sido un primer ataque frontal a la ciudad, Escipión se negó a arriesgarse a que sus soldados intentasen llevar a cabo una hazaña que tropas mucho mejores que ellos no habían podido lograr, por lo que ya desde el principio inició su plan de bloqueo (*obsidio*).

El primer paso para iniciar el bloqueo de una ciudad es la colocación de obstáculos a unos 100 metros de la línea principal para asegurar la aproximación, y así lo hizo Escipión en Numancia. En este sentido, el general romano había sido muy precavido y había llevado consigo las estacas de madera necesarias para dicha tarea con el fin de no perder tiempo y esfuerzo en obtener los recursos en los alrededores de Numancia. Así pues, se realizaron empalizadas y zanjas en los lugares en los que no había un elemento natural que sirviese como obstáculo, es decir, los ríos.

Para evitar los ataques en esta primera fase del bloqueo, Escipión había ordenado la construcción de dos campamentos provisionales (uno en Castillejo y otro en Peña Redonda). De este modo, cuando los guerreros numantinos salieron a intentar frenar el avance de las obras, los soldados romanos pudieron salir en defensa de los que estaban trabajado y evitar el desastre.

Una vez completada esta primera fase, se iniciaron las verdaderas obras, es decir, la construcción de la muralla y del foso. Dicha muralla medía unos 9 kilómetros de largo, 4 metros de ancho y 3 metros de alto. Además, a lo largo de la muralla se levantaron torres de dos pisos provistas de catapultas y de un sistema de señales y avisos (para poder comunicar los ataques de los numantinos). Todo esto nos lo describe Apiano en su libro IV que está dedicado a las guerras ibéricas (Iber. 90). Es importante añadir que:

²⁷ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 197.

«la topografía en el caso de Numancia supone su principal defensa, puesto que los ríos que circundan la ciudad son utilizados a modo de fosos. El cerco escipiónico utiliza ese mismo principio contra la ciudad (...) y emplea los mismos ríos como fosos propios»²⁸.

De este modo, la mayoría de las estructuras construidas por los romanos giraban en torno al control del agua (tanto para evitar el abastecimiento enemigo como para asegurar el propio). Así pues, se construyeron puentes en aquellos ríos que permitieron tales construcciones, no fue así en el Duero donde resultó imposible, por lo que Escipión hubo de colocar una barrera fluvial para evitar la llegada de suministros a la ciudad por vía fluvial (se levantó una torre en cada orilla y se tendió entre ambas una red de cuerdas con vigas de madera).

A esto cabe añadir la construcción de dos castillos ribereños (Molino y Vega) y la de otros 5 campamentos (Raza, Dehesilla, Travesadas, Valdevorrón y Alto Real). La forma de estos recintos no era rectangular, sino que se adaptaba a la topografía del lugar, de la que se valían para incrementar sus posibilidades defensivas.

Con respecto a los numantinos, la ciudad tenía en total unos 10.000 habitantes, 4.000 de los cuales eran guerreros. Estos ciudadanos disponían únicamente de su última cosecha, dado que no podían recibir suministros de otras ciudades. Sin embargo, contaban con el ganado, lo que les ayudó a resistir el bloqueo durante tanto tiempo (un total de nueve meses). Por otro lado, Numancia poseía unas defensas muy escasas, la muralla estaba incompleta en algunas partes y los soldados eran escasos (lo cual tampoco es muy relevante porque Escipión no dirigió ningún ataque contra la ciudad).

Una vez finalizada la construcción de la circunvalación, se había superado la fase más difícil y peligrosa de la estrategia de Escipión, y a partir de ese momento, la labor de los romanos se basó en vigilar y defender los campamentos (que estaban en lugares altos y protegidos por ríos). De este modo, en el transcurso de las semanas, fueron los numantinos los que pasaron a la ofensiva y se chocaron una y otra vez contra las murallas romanas, sin ningún resultado.

²⁸ ROMERO FERNÁNDEZ, David, *Notas sobre las posibilidades defensivas poliorcéticas en Hispania durante la conquista romana*, Salamanca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2013, pág. 162.

Ante esta desesperante situación, los celtíberos no tuvieron más remedio que intentar solicitar ayuda a los pueblos vecinos para acabar con el cerco romano. En este sentido destaca la figura de Retógenes Caraunio, que *«se acercó al muro en una noche de niebla con cinco compañeros, cinco esclavos, carios caballos y unas escalas plegables. Allí mataron a los centinelas con sumo sigilo»*²⁹. Atravesaron el muro y recorrieron los alrededores de Numancia rogando ayuda a las tribus arévacas, pero éstas se negaban a colaborar por temor a las represalias de Roma.

*«Solamente en Lutia (...) encontró eco la demanda. Pero aún allí tan sólo respondió la juventud belicosa: los viejos, por su parte, se apresuraron en un acto vergonzoso de traidores, a dar parte al general romano de la rebelión que se tramaba»*³⁰. Así pues, Escipión se adelantó a los acontecimientos y solicitó la entrega de los 400 rebeldes, a los que les cortó la mano derecha a modo de castigo, viéndose, de este modo, perdida la única esperanza de los numantinos de vencer a los romanos.

Desesperados, los numantinos enviaron a Escipión una comisión de cinco hombres que el objetivo de alcanzar una rendición honrosa, sin embargo, el general romano se negó y exigió la entrega de la ciudad y de las armas. Esto suponía la mayor de las vergüenzas para los celtíberos, por lo que se negaron. Pasaron las semanas y los recursos se acabaron, y al no quedar comida tuvieron que recurrir al canibalismo, llegando incluso a sacrificar a personas para alimentarse de ellas (algo que también se ha visto en otros pueblos de la península).

Solo una vez no pudieron continuar con esta práctica se procedió a la rendición y a la entrega de la ciudad y las armas (verano del 133 a.C.), no sin antes haber acabado con su vida todos aquellos que no quisieron ver su ciudad en manos de los romanos. Esta trágica medida, que para nosotros puede resultar desmesurada, se había dado ya en otras ocasiones entre las tribus de Hispania. También los habitantes de Sagunto prefirieron suicidarse y fundir sus armas y tesoros antes que entregarlas al enemigo cartaginés, dado que hacerlo era una deshonra para ellos.

²⁹ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 209.

³⁰ SCHULTEN, Adolf, op. cit., pág. 149.

También la desoladora imagen que los soldados romanos presenciaron al entrar en la ciudad se asemeja a la que tiempo atrás contemplaron los cartaginenses en Sagunto: cadáveres putrefactos, personas moribundas, niños y ancianos asustados y desnutridos, soldados que se habían visto obligados a quitarse la vida...

De los que sobrevivieron a la tragedia, 50 fueron tomados por el general romano para formar parte de su triunfo en Roma, que tendría lugar al año siguiente, y el resto fueron vendidos como esclavos. Al salir de la ciudad, estos hombres se encontraban en pésimas condiciones, pero en su mirada se podía apreciar el odio que profesaban hacia los romanos por haberles empujado a tal situación. En palabras de Apiano (Iber. 97):

«Penosos de ver y completamente transformados en su aspecto, con los cuerpos sucios y llenos de pelos, uñas y mugre, y despedían un hedor insoportable, y también era mugrienta la ropa que les cubría y no menos fétida. A la vista de sus enemigos aparecían dignos de compasión por estas circunstancias, pero terribles por sus miradas; pues todavía veían en ellos la expresión de la cólera, del dolor, del esfuerzo y la conciencia de haberse devorado mutuamente».

Respecto a la ciudad, Escipión ordenó que fuese destruida y quemada sin previo consentimiento del Senado (a lo largo de la historia de Roma vemos una larga tradición de ciudades arrasadas por la oligarquía romana, destacando, por ejemplo, Cartago en 146 a.C.). Además, las tierras de los numantinos fueron repartidas entre las tribus cercanas que hubiesen colaborado durante la guerra, destacando entre ellas la de los pelendones.

«El cónsul regresó a Roma, donde celebró con grandes fastos su victoria, recibiendo por ella el sobrenombre de “Numantino”, aunque su decisión de arrasar la ciudad celtibérica fue muy criticada por algunos senadores romanos, quienes no aceptaban que este acto de barbarie se hubiese ejecutado sin consentimiento del Senado»³¹.

Así pues, se daba por finalizada la larga contienda que los romanos habían llevado contra los celtíberos, y la Celtiberia pasaba a estar oficialmente bajo control de Roma, comenzando, de este modo, un proceso de asimilación cultural conocido como romanización mediante el cual las zonas bajo control romano adoptaron sus costumbres, su organización social, su lengua, sus instituciones... Sin embargo, entre los romanos

³¹ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 98.

siempre quedaría la carga de haber invertido tanto tiempo y recursos (tanto económicos como humanos) ante un enemigo que se encontraba en un estadio de desarrollo cuantiosamente inferior al suyo y al que deberían haber vencido con relativa facilidad.

4. LA GUERRA CONTRA LOS LUSITANOS

4.1. LOS LUSITANOS

«La región conocida como Lusitania se encontraba en el Suroeste de la península. Al sur limitaba con los célticos, al norte con los galaicos y al oeste con los vetones. Básicamente, sus tierras estaban comprendidas entre el Duero y el Guadiana, lo que suponía casi todo el territorio actual de Portugal y parte de Extremadura»³².

En esta región se hablaba una lengua denominada lusitano que conocemos menos que la celtibérica porque se han hallado menos restos epigráficos. Existe un debate sobre la procedencia de esta lengua, pues hay quienes opinan que proviene del céltico y hay quienes lo niegan. Tampoco conocemos la frontera lingüística entre el lusitano y el celtibérico, dado que carecemos de documentos que nos muestren que lengua se hablaba en cada zona de la Meseta Central.

Los lusitanos fueron un pueblo menos desarrollado económica y socialmente que otros de la península, especialmente que aquellos que habitaban en el este de la misma. Esto lo vemos reflejado, por ejemplo, en la pobreza de su agricultura, cuyo motivo no solo eran los suelos pobres, sino también la estructura social menos avanzada que se sustentaba en un estilo de vida basado en la ganadería seminómada.

No obstante, los lusitanos eran fuertes y temibles guerreros que causaron numerosos problemas a los romanos, y así nos lo muestra Estrabón (III, 3, 6) en su famosa obra *Geografía*:

«Dicen de los lusitanos que son hábiles en las emboscadas y exploraciones, vivos, llevan armamento ligero y son expertos en las maniobras. Tienen un escudo

³² NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 145.

pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante y sujeto con correas porque no lleva abrazadera ni asas, y portan además un puñal o cuchillo».

Y añade Diodoro de Sicilia (V, 34):

«Entre los iberos, los más valerosos son los llamados lusitanos; en la guerra llevan unos escudos muy pequeños, hechos con nervios entrelazados capaces de proteger el cuerpo de una manera extraordinaria gracias a su dureza; en las batallas moviendo estos escudos con facilidad a un lado y a otro, desvían hábilmente de su cuerpo cualquier proyectil lanzado contra ellos. Usan asimismo jabalinas con lengüeta, hechas completamente de hierro, y llevan yelmos y espadas semejantes a los celtiberos. Al ser ágiles e ir con armas ligeras, tienen facilidad tanto para la huida como para la persecución, pero en la resistencia ante los peligros durante los combates son muy interiores a los celtiberos».

Con respecto a las emboscadas y exploraciones de las que habla Estrabón, cabe destacar que fueron fruto de una crisis social y económica que se dio entre los lusitanos durante los siglos II y I a.C. debido al reparto desigual de la propiedad agraria. Esto dio lugar a que individuos empobrecidos se vieran abocados a formar bandas (que podían llegar a ser ejércitos) para saquear poblaciones cercanas más prósperas y avanzadas, como es el caso de las provincias romanas de Hispania.

4.2. EL INICIO DE LAS HOSTILIDADES CON LOS LUSITANOS (155-147 a.C.)

4.2.1. LA ACCIÓN DE PÚNICO, CÉSARO Y CAUCENO

Como ya hemos visto con anterioridad, la acertada política de Graco mantuvo la Península exenta de conflictos relevantes durante décadas, pero en los años 155 y 154 a.C. estallaron las guerras contra lusitanos y celtíberos. En el caso de la Lusitania, los problemas de las incursiones de saqueo en territorio romanizado venían de tiempo atrás, pero las más importantes empezaron en el año 155, cuando los lusitanos, bajo el liderazgo de un Caudillo llamado Púnico (lo que nos indica que pudo ser descendiente de cartaginenses), realizaron una serie de incursiones contra los habitantes de la Ulterior.

Dada esta situación, los romanos se vieron obligados a reaccionar. Así pues, el cuestor Marco Terencio Varrón se puso al frente de un ejército de 15.000 hombres con el objetivo de poner fin a los ataques lusitanos, y se enfrentó a ellos en una batalla en la que 6.000

soldados romanos (incluido el propio Terencio) perdieron la vida. Según nos indica Apiano (Iber. 56), esta victoria de otorgó a Púnico el valor suficiente como para llevar sus incursiones hasta las ciudades de la costa.

Así pues, habido sumado a sus tropas a miembros del pueblo de los vetones, cruzó el Guadalquivir y llegó hasta el océano, donde se dedicó a saquear la zona comprendida entre Cádiz y Almuñécar. De este modo, entre el 155 y el 153 a.C. los lusitanos liderados por Púnico se dedicaron a asaltar los territorios romanizados del sudeste peninsular. Sin embargo, en una de estas incursiones Púnico perdió la vida al ser alcanzado en la cabeza por una piedra.

Le sustituyó un hombre llamado Césaró contra el que los romanos enviaron al pretor Lucio Mummio Acaico (conocido en la historia de Roma por ser el destructor de Corinto), quien, *«tras frenar en un primer encuentro el ataque de los lusitanos, cometió la torpeza de perseguir demasiado incautamente al enemigo, que parecía huir, y cayó en una emboscada con su ejército, del que apenas pudo salvar la sexta parte, unos 5.000 hombres»*³³. Es decir, durante esta emboscada los romanos perdieron cerca de 9.000 soldados, además de una serie de estandartes romanos y del botín que previamente habían requisado al enemigo. Los lusitanos se dedicaron a exhibir las enseñas de los enemigos por toda la Celtiberia a modo de burla y para fomentar entre los celtíberos el deseo de enfrentarse al invasor.

Según nos cuenta Apiano (Iber. 57):

«Mumio con sus cinco mil efectivos restantes se ejercitaba en el interior del campamento, pues temía hacer salidas hacia campo abierto en aquellos momentos antes de que los hombres hubieran recuperado su valor. Y montado vigilancia por si los bárbaros pasaban a su lado llevando una parte del botín sustraído, les atacó de forma inesperada y, tras aniquilar a un gran número, recuperó el botín y las enseñas».

³³ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, op. cit., pág. 154.

Tras esto, no volveremos a ver a César mencionado en ninguna fuente, por lo que hemos de suponer que perdió la vida en combate (aunque su muerte no se menciona). Sí que sabemos que inmediatamente después de la batalla aparece un nuevo jefe lusitano, de nombre Cauceno, que lideraba las tribus lusitanas que habitaban en el norte del Tago y que hasta entonces no se habían visto involucradas en el conflicto contra los romanos.

Puede que fueran los éxitos de Púnico y César los que empujaron a estos lusitanos del norte del Tago a emprender incursiones contra los territorios bajo dominio romano, de cualquier modo, lo importante es que, según nos cuenta Apiano (Iber. 57), estos lusitanos emprendieron una acción de saqueo sin precedentes entre este pueblo. De este modo, llegaron hasta el territorio de los conios, que eran aliados de Roma, y conquistaron su capital. Además, lograron cruzar el Estrecho de Gibraltar y llegar hasta África, donde continuaron con sus razias llegando a saquear la ciudad de Ocile.

No obstante, esta información hay que tomarla con cautela, dado que hay autores que ponen en duda tal afirmación. Es el caso de José Manuel Roldán Hervás y Fernando Wulff Alonso, quienes afirman que lo más probable es que los lusitanos continuasen con sus actividades de saqueo en tierra andaluza. Según estos autores, el propio Apiano confundió la ciudad de Ocile (de situación desconocida) con Zelis, que sí que se encontraba en la Mauritania.

En cualquier caso, parece que Mummio y su ejército lograron llegar hasta esta ciudad donde se enfrentaron a los lusitanos y consiguieron una victoria que sería celebrada con un triunfo tras el regreso a Roma del pretor.

4.2.2. LA PRIMERA CAMPAÑA EN TERRITORIO LUSITANO

Llegados a este punto, los romanos decidieron cambiar de estrategia y tomar la iniciativa de la guerra. Así pues, *«en 152 a.C., al tiempo que Marcelo conducía la guerra contra Numancia, el nuevo pretor de la Ulterior, Marco Atilio Serrano, llevó su ejército al interior de Lusitania, en un esfuerzo por atacar el problema dentro del propio territorio levantisco»*³⁴ a pesar de que la pobreza de las tierras levantinas no fuesen un gran estímulo para su conquista.

³⁴ ALVAR EZQUERRA, Jaime, op. cit., pág. 166.

Durante esta campaña los romanos lograron conquistar uno de los enclaves más importantes de los lusitanos, Oxtacas, una aglomeración urbana cuyo lugar de emplazamiento desconocemos, pero que no debía contar con muchos habitantes, pues, según las fuentes, los romanos dieron muerte a menos de 1.000 lusitanos. A esto hay que sumar la acción emprendida por Marcelo, que, como vimos, se trasladó a la Ulterior durante las negociaciones en Roma con las tribus celtíberas y conquistó Nercobrica.

«Como resultado, los lusitanos y sus vecinos los vetones acabaron solicitando la paz y aceptando las condiciones que les impuso Atilio»³⁵ que eran semejantes a las que se le propuso a los celtíberos. Sin embargo, y al contrario que lo ocurrido en la Celtiberia, este tratado de paz no duró mucho, lo cual no es de extrañar dada la inexistencia de una unidad política entre las tribus lusitanas.

4.2.3. LA CRUEL ACCIÓN DE GALBA

En el año 151 a.C. fue nombrado como pretor de la Ulterior Servio Sulpicio Galba, quien pasaría a la historia como un gran orador y cruel general por sus acciones contra los lusitanos. Como ya vimos en la guerra contra los celtíberos, el nuevo pretor de la Ulterior se coordinó con el cónsul de la Citerior, Lucio Lucinio Lúculo, para emprender una campaña en la Lusitania.

De este modo, ambos generales romanos atenazaron a las tribus lusitanas que habitaban el valle del Guadalquivir, quienes se vieron obligados a firmar una supuesta paz que era muy ventajosa para ellos. *«Sin embargo, el odioso pretor era un experto de la mentira e ideó una artimaña para atraer a cuantos lusitanos se dejaran atrapar por la falsa promesa de tierras cultivables»³⁶.* Así pues, miles de lusitanos se presentaron en el lugar y la fecha indicadas por el pretor, donde fueron divididos en tres grupos y conducidos a los distintos valles donde supuestamente iban a asentarse. Según nos cuenta Apiano (Iber. 60), Galba se dirigió al primer grupo y

«les instó a que depusieran las armas como amigos, y cuando las hubieran depuesto les rodeó con un foso y tras enviar algunos soldados previstos de espadas aniquiló a todos, mientras se lamentaban e invocaban los nombres de los dioses y las

³⁵ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 145

³⁶ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 100.

garantías recibidas. De esta misma forma aniquiló también a los segundos y a los terceros con gran celeridad, ya que desconocían la suerte sufrida por los primeros»

Fueron asesinados tanto hombres como mujeres y niños, y los que no fueron muertos se vendieron como esclavos. El número de hispanos muertos en manos de los soldados romanos en este cruel gesto de Galba asciende hasta los 8.000, hecho que nos permite comprender la gran necesidad que sentía el pretor de acabar con la resistencia lusitana.

Sin embargo, esta traición no fue bien vista ni si quiera por los propios romanos, por lo que, en su regreso a Roma, Galba fue denunciado por el entonces tribuno de la plebe, Escribonio Libón. Así pues, en 149 a.C. se inició un proceso contra el pretor en el que se le reprochaba, no tanto sus crueles formas (dado que ya hemos visto que un gran sector del Senado era muy belicoso), sino su falta de justificación jurídica para llevar a cabo tal traición. Sin embargo, los sobornos que Galba llevó a cabo con el botín obtenido en Hispania le sirvieron para salir ileso del proceso judicial (aunque el proceso no fue en vano, dado que su caso sirvió como incentivo para aprobar la ya citada *Lex Calpurnia*).

4.3. VIRIATO Y SU ACTUACIÓN CONTRA LOS ROMANOS (147-139 a.C.)

4.3.1. ASCENSO DE VIRIATO COMO LIDER LUSITANO

Las fuentes antiguas dicen que de aquella masacre solo sobrevivieron unos pocos, entre los que se encontraba el que sería el líder lusitano más recordado por la historia, Viriato. No sabemos si esta afirmación es cierta, dado que este hombre también podría pertenecer a alguno de los muchos grupos de lusitanos que no fueron engañados por Galba pero que al enterarse de la traición sintieron un gran deseo de venganza y un tremendo desprecio hacia los romanos.

La figura de Viriato surge por primera vez en el año 147 a.C., cuando, una vez reemprendidas las razzias lusitanas sobre territorio romanizado, los lusitanos se vieron acorralados por los romanos. Los lusitanos regresaban de su ataque contra la Turdetania cuando fueron sorprendidos por el ejército de 10.000 hombres del pretor Cayo Vetilio, quien les ofrecía una paz semejante a la de Galba (tierras de cultivo a cambio de que depusieran las armas). Los hispanos se mostraron dispuestos a escuchar la propuesta del

pretor, pero entonces, Viriato, «recordando a sus compañeros la perfidia de las promesas romanas, los incitó a rechazar el ofrecimiento de Vetilio y seguir combatiendo»³⁷.

Viriato prometió a los guerreros que les sacaría con vida de aquella situación si confiaban en él y se oponían al pacto con los romanos, y así fue. Los lusitanos, convencidos por la gran oratoria de Viriato, le aclamaron como general, y él les correspondió cumpliendo su promesa de salvarles. En palabras de Apiano (Iber. 62):

«Tras disponer a todos en orden de batalla hacia el frente como si se dirigieran al combate, ordenó a los demás que cuando él subiera sobre su caballo, dispensándose por muchas partes huyeran como pudieran (...) y después de elegir sólo a mil hombres les ordenó que se quedaran con él. (...) Y Vetilio por su parte, ante el temor de perseguir a los que se habían dispersado por muchos lugares, dándose la vuelta trabó combate contra Viriato (...). Pero Viriato, acosándole con sus caballos más veloces, lo esquivaba, y posicionándose de nuevo volvía a atacarlo (...). Pero cuando le pareció que los otros estarían a salvo en su huida, entonces lanzándose durante la noche a través de caminos poco frecuentados salió huyendo con los caballos más ligeros hacia Tríbola, sin que los romanos pudieran perseguirle».

Y así fue como Viriato consiguió salvar al ejército de lusitanos sin tener que someterse a ningún pacto con los viles romanos. Sin embargo, la cosa no quedó así, dado que el pretor se negó a rendirse y se dirigió a la ciudad de Tríbola (cuyo lugar de emplazamiento desconocemos pero que seguramente se encontrase al sur del Guadalquivir). De camino a su destino, Vetilio y su ejército fueron sorprendidos por una emboscada en la que perdieron la vida casi la mitad de los hombres, incluido el propio pretor.

Los 6.000 soldados romanos que sobrevivieron al ataque se refugiaron en una ciudad llamada Carpeosos, desde donde pidieron ayuda a un ejército de mercenarios compuesto por 5.000 guerreros celtíberos que perderían la vida enfrenándose a los lusitanos de Viriato. Perdida esta última esperanza, los romanos tuvieron que permanecer en Carpeosos a la espera de que desde Roma se enviara ayuda.

³⁷ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, op. cit., pág. 159.

De este modo, concluía la primera gran hazaña de Viriato, la cual le otorgaría gran fama y prestigio entre el resto del pueblo lusitano. Demostró ser un gran estratega militar y un magnífico orador, por lo que fue elegido como caudillo entre los lusitanos y a su ejército se unieron soldados de muchas tribus de los alrededores que habían quedado fascinados ante la valentía del guerrero.

Tras esta victoriosa campaña, se sucederían ocho años de continuos enfrentamientos entre romanos y lusitanos en los que Viriato se enfrentaría a grandes generales de Roma, sin que ninguno de ellos lograra acabar con él. Es cierto que no siempre salió victorioso de las batallas, pero ninguna derrota fue lo suficientemente significativa como para acabar con la resistencia lusitana. Esto es así porque el caudillo era un excelente estratega que ideó una táctica de guerra casi perfecta en los enfrentamientos contra los romanos:

«sus famosos retrocesos engañosos, en los que los guerreros lusitanos simulaban una retirada desordenada que hacía picar a los prepotentes romanos, los cuales se lanzaban a una alocada persecución sin tomar las debidas precauciones. Luego, en plena carrera, los lusitanos se giraban, ofreciendo combate de forma frontal y compacta. El caos entre los perseguidores era total y definitivo, acabando casi siempre derrotados»³⁸.

Es decir, Viriato aprovechaba su conocimiento del entorno para posicionarse en una situación favorable ante un enemigo cuyo nivel de desarrollo era mayor al suyo. Esto explicaría como los lusitanos, que a pesar de ser valientes guerreros deberían haber sido fácilmente derrotados por un ejército tan poderoso como el romano, resistieran durante tanto tiempo la conquista del invasor.

4.3.2. CAMPAÑAS CONTRA VIRIATO

En el año 146 a.C. Cayo Plaucio y Claudio Unimano (pretore de la Ulterior y de la Citerior respectivamente) llevaron a cabo una campaña conjunta contra Viriato, quien se encontraba en territorio carpetano realizando una serie de saqueos (en este sentido, destaca la toma de la ciudad de Segobriga, que debió ser atacada por los lusitanos ese mismo año). Allí fue atacado por Plaucio, que contaba con un ejército de 10.000, pero el resultado fue terrible para el general romano. Los lusitanos emplearon su famosa técnica

³⁸ CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, op. cit., pág. 102.

de fingir una huida para después realizar un ataque repentino, acabando con la vida de los 4.000 hombres que el pretor había mandado tras las tropas que huían.

Tras esta aplastante victoria, el caudillo lusitano atravesó el río Tajo y se asentó en un lugar conocido como Mons Veneris o Monte de Venus, un lugar estratégico desde donde lanzar incursiones de saqueo. También allí fue atacado por el pretor de la Ulterior, y de nuevo los romanos fueron aplastados por los fieros guerreros lusitanos.

«De esta manera, reducido el ejército romano a la impotencia, Viriato pudo saquear a placer el Valle del Tajo»³⁹ para, a continuación, extender su influencia hasta la sierra de Guadarrama saqueando los territorios de los pueblos sometidos a Roma. Durante estos saqueos los lusitanos llevaron a cabo viles actos de impiedad contra estos pueblos, llegando a ejecutar a una serie de rehenes del pueblo de los arévacos al negarse estos a traicionar a Roma. Ante esta situación, el pretor de la Citerior intentó hacer frente al ejército lusitano, pero fue derrotado y los estandartes romanos fueron empleados como trofeos de guerra por los indígenas.

Estas victorias permitieron a Viriato dominar gran parte de la Ulterior y el sur de la Citerior, alcanzando su máximo poder. Llegados a este punto, el Senado no pudo seguir negando la importancia de fuerza lusitana, por lo que en el año 145 a.C. se envió a la Ulterior a un cónsul en lugar de a un pretor, lo que significaba aumentar el número de soldados en el ejército. El cónsul en cuestión fue Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano mayor de Escipión Emiliano (quien de hecho fue el que consiguió que se le otorgase este cargo extraordinario a Fabio Máximo).

Nos encontramos en un punto de la Historia de Roma en el que la guerra contra Cártago y la Guerra Aquea habían concluido, en consecuencia de lo cual la República podía centrar sus esfuerzos y recursos en apaciguar las provincias de Hispania, por lo que, a partir de este momento, la situación cambiaría.

A pesar de la importancia que se le concedió al asunto hispano, el ejército que acompañó a Fabio Máximo a la península estaba compuesto por tan solo 15.000 soldados de infantería, 2.000 de caballería y una decena de elefantes. A esto hay que sumar que

³⁹ PASTOR MUÑOZ, Mauricio, *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, págs. 170-171.

estos hombres eran jóvenes inexpertos recién reclutados, dado que el propio Fabio Máximo Emiliano se negó a llevar a los veteranos que acababan de salir de la guerra en África.

Las medidas de Fabio durante sus dos años en Hispania fueron tomadas con extrema precaución. El cónsul «*trató de encontrar mayor colaboración hispana con medidas diplomáticas y mayor tacto político*»⁴⁰, y como era consciente de que su ejército no sería capaz de vencer al de Viriato, se dedicó a entrenarlos y adiestrarlos desde tras los muros de la ciudad de *Urso* (Osuna), evitando todo enfrentamiento contra los lusitanos (con excepción de alguna escaramuza). Así transcurrió el primer año de su mandato, y el Senado romano se empezó a impacientar ante los escasos logros obtenidos por el cónsul, cuyo hermano tuvo que intervenir para que no fuese depuesto.

Así pues, durante su segundo año en Hispania Fabio pasó a la acción y emprendió la guerra contra los lusitanos. En la primavera de 144 a.C. Fabio «*se consideró preparado para una campaña cuyo objetivo militar fundamental era limitar el radio de acción del caudillo lusitano para asentar luego el golpe definitivo*»⁴¹. Y así fue, dado que Fabio logró vencer a Viriato en combate y arrebatarle dos ciudades (una de las cuales podría ser *Tucci*), obligándole, de este modo, a retirarse hasta la zona de Sierra Morena, a la ciudad de *Baicor*, que puede ser identificada con Bailén. En este triunfo fue decisiva la ayuda que desde la Citerior había aportado Lelio hostigando al ejército lusitano.

Una vez conseguido su objetivo, Fabio se retiró a pasar el invierno en Corduba esperando a su sucesor, que en este caso sería un pretor, Quincio Pompeyo, lo cual nos indica que en el Senado se consideraba que el problema de la Ulterior estaba más o menos resuelto. Llegados a este punto cuando Viriato se dio cuenta de que no puede vencer al gran enemigo romano en solitario y decide aliarse con los celtíberos (arévacos, titos y belos), lo que marcaría el comienzo de la Segunda Guerra Celtíbera.

En el 143 a.C. Viriato se enfrentó en dos ocasiones al nuevo pretor, siendo el resultado de la primera batalla favorable para los romanos. Según nos cuenta Apiano (Iber. 66), Viriato «*tras ser derrotado se replegó hacia el monte de Afrodita. Dándose la vuelta desde allí aniquiló a mil hombres de Quinto y les arrebató algunas enseñas. A los*

⁴⁰ *Ibíd.*, págs. 170-171.

⁴¹ ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, *op. cit.*, pág. 161.

restantes les persiguió hasta su propio campamento». Según parece, a partir de mediados de otoño de este año el pretor se mantendría en su cuartel de invierno, siendo uno de sus legados, Cayo Marcio, quien se encargaría de hacer frente a los lusitanos.

Llegamos así al año 142 a.C., cuando el Senado decidió mandar de nuevo a un cónsul para hacer la guerra contra Viriato. El elegido fue el hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano, Fabio Máximo Serviliano, quien se dirigió a la península con un ejército compuesto por dos legiones, dos alas de aliados, 1.600 soldados de caballería y una decena de elefantes. Sin embargo, este ejército no fue tan grande como cabría esperar, dado que la situación en la Citerior requería de una gran cantidad de soldados. Aun así,

«consiguió parte de sus objetivos. En primer lugar, liberó algunas ciudades del sur peninsular, atacando los puntos de apoyo de Viriato en la Beturia. (...) A partir de entonces se debieron trabar violentas batallas en el curso de las cuales Viriato siguió utilizando su efectiva táctica de la huida simulada. En uno de estos contraataques consiguió aniquilar a 3.000 legionarios»⁴².

Los que sobrevivieron a la masacre tuvieron que huir al campamento, donde intentaron resistir los ataques lusitanos pero se vieron obligados a retirarse hacia Tucci, que volvió a caer en manos romanas. Parece que llegados a este punto los lusitanos decidieron volver a su tierra para poder abastecerse, mientras Serviliano se dedicaba a castigar a las ciudades de la Bética que habían ayudado a Viriato. Una vez cumplido su objetivo de represión, el cónsul se adentró en la Lusitania para otorgar un golpe definitivo a Viriato, no obstante, fue sorprendido por un ejército de 10.000 hombres liderado por dos desertores romanos, Curio y Apuleyo, que le obligó a retroceder.

Se acercaba el invierno y las campañas se detuvieron hasta la primavera del 141 a.C. Cuando llegó el momento de retomar las hostilidades, los romanos obtuvieron una victoria inicial sobre una partida de guerreros lusitanos que estaban liderados por un hombre llamado Connoba. Sin embargo, las tornas cambiaron cuando Serviliano, en una incursión sobre territorio lusitano, decidió asediar una de sus ciudades, Erisana.

⁴² PASTOR MUÑOZ, Mauricio, op. cit., págs. 179-180.

Mientras aún se estaban realizando los preparativos para el ataque y el cerco aún no había sido cerrado, Viriato y sus hombres se introdujeron por la noche sin ser vistos en la ciudad para socorrer a sus habitantes. Los guerreros lusitanos esperaron hasta el amanecer para salir de la ciudad y atacar por sorpresa al enemigo.

La primera embestida se realizó sobre los hombres que estaban excavando el foso de circunvalación, obligándoles a huir. A continuación, según Apiano (Iber. 69):

«Al resto del ejército, que había sido formado en orden de batalla por Serviliano, Viriato lo puso en fuga del mismo modo, lo persiguió y lo acorraló en lugares escarpados, desde donde los romanos no tuvieron posibilidad de escapar. Pero Viriato no se jactó en demasía ante su buena fortuna, sino que tras considerar que podía poner término a la guerra en un buen momento mediante un acto de buena disposición, llegó a un acuerdo con los romanos».

El tratado firmado en el 140 a.C. fue un pacto en igualdad de condiciones donde los lusitanos ni siquiera obligaron a los romanos a pasar bajo el yugo para salir con vida del valle. Los largos años de guerra habían mermado las fuerzas de los guerreros de Viriato, por lo que no se encontraba en condiciones de aniquilar a las tropas enemigas. Además, hemos de pensar que los lusitanos querían, por encima de cualquier cosa, tierras, y hasta entonces ningún romano les había ofrecido independencia sobre las suyas propias. Así pues, las condiciones que impuso el líder lusitano fueron bastante moderadas. Les pidió a los romanos que abandonaran su territorio y reconocieran su independencia, y que le otorgasen el título de “amigo del pueblo romano” (*amicus populi romani*).

Estas condiciones fueron aceptadas por Serviliano y, sorprendentemente, ratificadas por el Senado romano. Aunque la paz fuese aceptada por el senado, no tardaron en surgir voces discordantes que la calificaban de indigna o vergonzosa, puesto que Roma había cedido territorios ante un pueblo inferior. Además, esta paz entorpecía los planes de aquellos generales que querían obtener triunfos y recursos mediante la guerra en Hispania, lo que, como vamos a ver, daría lugar a la ruptura del pacto.

De este modo llegamos al año 139 a.C., en el que el hermano de Serviliano, Quinto Servilio Cipión, asumiría el control de la Ulterior en calidad de procónsul. *«Desde su llegada a la Ulterior mantuvo una actitud bélica. Primero solicitó autorización del*

Senado para promover algunas acciones contra Viriato, luego se manifestó en contra del tratado, presentándolo como contrario al honor de Roma»⁴³.

No le fue difícil convencer a los senadores romanos de que rompieran el tratado de paz al que Viriato se había acogido tras los intentos de Sevilio de provocarle en secreto para que el propio caudillo rompiera los pactos, por lo que la guerra se reanudó. De este modo, en su primera operación los romanos lograron tomar la ciudad de *Arsa* cuando Viriato la abandonó viéndose obligado a retirarse hacia Carpetania destruyendo todo a su paso durante el camino. Por su parte, Cepión «*lo persiguió por la Carpetania con un ejército muy superior en número y lo acabó echando del territorio de la provincia Ulterior*»⁴⁴.

El procónsul persiguió a Viriato por las montañas lusitanas hasta adentrarse en el territorio de los vetones, que eran fieles aliados de los lusitanos, convirtiéndose, de este modo, en el primer romano en atravesar esas tierras. La ruta que siguió Cepión durante su campaña, será por donde más adelante pasaría la famosa Vía de la Plata, que ascendía desde el Guadalquivir atravesando el Tajo y el Guadiana hasta la actual Salamanca. A lo largo de esta ruta los romanos irían construyendo una serie de campamentos que les ayudarán a facilitar la llegada de tropas aliadas que fueron necesarias por las dificultades que los lusitanos y los celtiberos pusieron al avance romano por el territorio hispano.

Sin embargo, no se produjo ningún enfrentamiento definitivo que marcara el transcurso de la guerra, y, ante el agotamiento de ambas partes (especialmente de los lusitanos), Viriato decidió iniciar una negociación con los romanos para ponerle fin a la contienda. Así pues, el líder lusitano se reunió con Lenas (cónsul de la Citerior) en el campamento romano y comenzaron las negociaciones entre ambos. El cónsul romano le exigió la entrega de todos los desertores y rebeldes, a lo que Viriato accedió (no sin antes haber eliminado a una parte de los mismos). Sin embargo, esto no fue suficiente para el general romano, que pidió a los lusitanos que depusieran las armas, lo cual para ellos era el mayor de los insultos, por lo que se negaron y pusieron fin a las negociaciones.

⁴³ PASTOR MUÑOZ, Mauricio, op. cit., pág. 191.

⁴⁴ NEGRETE MEDINA, Javier, op. cit., pág. 169.

No obstante, los seguidores de Viriato estaban agotados y su deseo de acabar con la guerra seguía en pie, por lo que el líder lusitano tuvo que reiniciar las negociaciones con los romanos, aunque en este caso serían con Cepión y no con Lenas, ya que con él no había llegado a ningún entendimiento.

4.3.3. LA MUERTE DE VIRIATO Y EL FIN DE LA GUERRA

En esta ocasión no fue Viriato el que se dirigió al campamento romano para entablar las conversaciones con el general, sino que se sirvió de tres de sus soldados para ello. Estos hombres, en los que el caudillo lusitano depositó su confianza, se llamaban Minuro, Ditalco y Audax, y eran procedentes de la Bética, es decir, habían sido en el pasado súbditos romanos. Viriato no hubiese podido imaginar el tremendo error que había cometido confiando las negociaciones a estos hombres, dado que fueron corrompidos por Cepión, quien les convenció de que asesinaran a Viriato a cambio de una serie de regalos y tierras, y así lo hicieron. En palabras de Apiano (Iber. 74):

«Viriato solía dormir muy poco a causa de sus preocupaciones y esfuerzos, y la mayor parte de las veces descansaba armado para que al despertarse estuviera inmediatamente dispuesto a todo. Así pues, sus amigos podían visitarle durante toda la noche. A causa de su costumbre de entonces, los secuaces de Audax, que lo estaban vigilando, entraron en su tienda en el primer sueño, como si en efecto algo urgiera, y lo degollaron a pesar de que estaba protegido por la armadura, pues no era posible por otra parte del cuerpo. Como nadie se dio cuenta de lo sucedido a causa de lo certero de la herida, pudieron escapar hasta Cepión y le solicitaron las recompensas».

Sin embargo, esta acción fue considerada indigna por el Senado romano, por lo que ni los asesinos fueron pagados ni Cepión fue recompensado con un triunfo.

No sabemos qué fue lo que empujó a los propios compañeros de Viriato a asesinarle (además de las recompensas ofrecidas por los romanos), pero podemos suponer que la difícil situación económica y social que atravesaban los lusitanos pudo tener algo que ver, y así nos lo indican José Manuel Roldán Hervás y Fernando Wulff Alonso en su libro *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*. Los autores consideran que los autores del crimen podían formar parte de los sectores sociales

más elevados de la sociedad lusitana y que consideraban que la paz y el entendimiento con los romanos era la forma más sencilla de ver incrementadas sus riquezas.

La muerte de Viriato fue un hecho muy doloroso para el pueblo lusitano, que organizó un gran funeral para despedir a su líder y honrar su memoria. Fue un acontecimiento de enormes dimensiones en el que se llevaron a cabo diferentes actividades como sacrificios o combates. Sobre el funeral dice Apiano (Iber. 75):

«Tras haber adornado a Viriato del modo más esplendoroso, le prendieron fuego sobre lo alto de una pira y le inmolaron numerosas víctimas y, por secciones, la infantería y la caballería, corriendo alrededor del cadáver, armados iban entonando cánticos al modo bárbaro y todos se sentaron en torno a él hasta que el fuego se extinguió».

Y añade Diodoro de Sicilia (XXXIII, 21): *«El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales. Hicieron combatir ante su túmulo doscientas parejas de gladiadores, honrando así su extraordinario valor».*

El funeral de Viriato ejemplifica magníficamente la importancia que este hombre tuvo entre los lusitanos. Fue un gran líder que guio a su pueblo lo mejor que pudo en su lucha contra el invasor y que se convirtió en una leyenda tanto para aliados como para enemigos. Tan relevante fue su presencia al mando del ejército lusitano, que, tras su muerte, los romanos pudieron someter a este pueblo sin demasiada dificultad.

Ante la ausencia de un líder que encabezase su ejército, los lusitanos eligieron como sucesor de Viriato a un hombre llamado Tántalo o Tautamo (depende de las fuentes), quien reanudó las expediciones de saqueo. El nuevo caudillo opuso una gran resistencia al avance romano en la Hispania Citerior, pero no sirvió de mucho puesto que sus tropas estaban agotadas tras tantos años de guerra permanente y él carecía de las grandes cualidades de Viriato. Así pues, la guerra no duró mucho.

«Al principio, Tántalo pretendió avivar la guerra haciendo una incursión por la Ulterior, llegando hasta las fértiles tierras de Bastenia, cerca de Carthago Nova. Cepión le persiguió y le obligó a capitular sin condiciones»⁴⁵. En este caso, la actitud del general romano fue más generosa y comprensiva que en pactos anteriores. No hubo castigo para

⁴⁵ PASTOR MUÑOZ, Mauricio, op. cit., pág. 200.

los lusitanos y se les concedió una serie de tierras para habitarlas a cambio de un 5% de la producción.

Sin embargo, este pacto de paz que puso fin a la guerra, no significó el fin de los conflictos en la Lusitania, que prosiguieron durante algunos años porque otros pueblos se vieron empujados a ello siguiendo el ejemplo de Viriato. En este sentido destaca la campaña del cónsul Décimo Junio Bruto, que sucedió a Cepión en la Ulterior en el año 138 a.C. y que se dirigió hacia el norte de la península derrotando a brácaros y callaicos. Además, los lusitanos continuaron sublevándose de vez en cuando contra el poder de Roma.

Sin embargo, a pesar de que las hostilidades en la tierra lusitana continuaron, en Roma fue muy bien recibida la noticia del fin de la guerra con los lusitanos que tanto esfuerzo les había costado ganar. Por su parte, *«el Senado, tras estas largas y difíciles guerras, había comprendido que era necesario resolver el problema social y económico que existía en esta región de su ingente Imperio»*⁴⁶, razón por la cual se decidió conceder mejores tierras a los lusitanos.

Así se ponía fin a una gran guerra que había generado grandes pérdidas tanto humanas como económicas en ambos bandos. Fue, al igual que la celtíbera, una guerra larga que dejó constancia de la gran resistencia que algunos pueblos de Hispania opusieron ante los invasores romanos. Unos invasores que poseían armas y utensilios de guerra mucho más desarrollados que los suyos, pero a los que hicieron frente sin temor y les pusieron muy difícil la conquista.

4.3.4. LA FIGURA DE VIRIATO: Entre el mito y la realidad

Viriato representa el mejor ejemplo de cómo un líder hispano se puso al frente de un gran ejército para hacer frente a los romanos durante su conquista de Hispania. De todos estos líderes, entre los que destacan otros como Indíbil o Púnico, es de Viriato del que poseemos más información. No obstante, esta información debe ser tomada con cautela, puesto que la figura de Viriato ha sido mitificada desde su propia contemporaneidad, y no sabemos hasta qué punto son ciertas todas las afirmaciones que se han hecho de él.

⁴⁶ *Ibíd.* Pág 204.

«Esa mitificación de la figura de Viriato es debida a la descripción de sus acciones que nos han transmitido las fuentes clásicas, tanto griegas como latinas, desde el siglo II a.C. Autores tan dispares como Diodoro Sículo, Tito Livio o Dión Casio coinciden en señalar la importancia de su persona y sus excepcionales cualidades como líder militar»⁴⁷.

Esta exaltación de las virtudes del líder lusitano las vemos, por ejemplo, en este fragmento del autor Diodoro de Sicilia (XXXIII, 1), en el que se habla tanto de sus capacidades físicas como mentales:

«El lusitano Viriato, de oscuro linaje, según algunos, pero famosísimo por sus hazañas, ya que de pastor se hizo bandolero y después general, era por sus condiciones naturales y por sus ejercicios que hacía extremadamente rápido en la persecución y en la huida y muy fuerte en la lucha a pie firme. (...) Era rápido en comprender y en ejecutar lo debido, viendo a un tiempo lo que debía hacerse y la oportunidad para ejecutarlo, capaz también de fingir conocimiento de lo más recóndito e ignorancia de lo más evidente. Tanto en el mando como en la obediencia aparecía siempre el mismo, ni modesto ni soberbio; sino que por humildad de su origen y por el prestigio de su poder consiguió ni ser ni inferior ni superior a nadie».

Esta mitificación del personaje de Viriato por parte de los propios autores grecolatinos se explica porque, hasta el siglo XVIII, los historiadores tenían una forma de hacer la historia muy diferente a la que conocemos en la actualidad. Se centraban en explicar mitos y leyendas y en exaltar a ciertos personajes, más que en realizar un relato lo más objetivo posible de los hechos ocurridos. Los autores clásicos buscaban hacer de Viriato una figura atractiva que casara con el tipo de relato que estaban escribiendo, un modelo de virtudes, lo que no quiere decir que el héroe lusitano no fuese un excelente militar y estratega.

«Evidentemente, todos los aspectos reseñados en las fuentes clásicas suponen el primer paso para la elaboración del mito de Viriato. Pero será a partir de la utilización interesada del personaje cuando el mito alcance todo su sentido y significado»⁴⁸. Tanto

⁴⁷ PÉREZ ABELLÁN, JOSÉ ANTONIO, Problemática en torno al estudio de la figura de Viriato, *Revista de Ciencia y Didáctica de la Historia*, N°5 (2006), pág. 45.

⁴⁸ PASTOR MUÑOZ, Mauricio, op. cit., pág. 227.

España como Portugal han intentado apropiarse de la figura del héroe a lo largo de los años, pero no será hasta el siglo XIX cuando, a partir de la creación del estado liberal, surja la visión de Viriato como el primer héroe nacional. Es en este momento cuando el mito de Viriato alcanza su máximo esplendor, siendo presentado como un gran héroe español o portugués. De este modo, es preciso hacer una lectura crítica de las fuentes para conseguir obtener una visión del líder lusitano lo más cercana posible a la realidad histórica.

5. CONCLUSIÓN

Una vez analizado el conjunto de Las Guerras Celtíbero-lusitanas podemos concluir diciendo que fueron dos conflictos que, además de estar solapados en el tiempo, tuvieron muchas otras similitudes. Tienen tanto en común estas dos guerras, que el transcurso de una repercutía en el de la otra, especialmente la lusitana en la celtíbera, pues, como ya hemos visto, el líder lusitano incitó en más de una ocasión a los habitantes de la Celtiberia a rebelarse contra el dominio romano.

Asimismo, en ambos casos nos encontramos a pueblos que podemos considerar inferiores en cuanto a nivel de desarrollo económico y social con respecto a Roma (especialmente los lusitanos), pero que pudieron plantarle cara a la mayor potencia del Mediterráneo del momento. Es decir, lusitanos y celtíberos fueron capaces de poner a Roma en una situación peliaguda a pesar de contar con unos ejércitos formados por un número de hombres cuantiosamente inferior a los romanos y con unas armas mucho más primitivas.

Esto no será algo exclusivo de los grupos celtíberos y lusitanos, sino que será una constante a lo largo de toda la conquista romana de Hispania, que, como vimos, duró cerca de dos siglos, lo que quiere decir que se opuso mucha resistencia a la invasión romana. Un acto destacable que pone en manifiesto la gravedad de la situación, es el hecho de que el Senado romano decidiera, en más de una ocasión, enviar a uno de los cónsules a gobernar alguna de las provincias de Hispania (como ya hemos visto en el caso de Marco Porcio Catón o Quinto Fluvio Nobilior).

Para comprender esta situación de resistencia tenemos que tener en cuenta dos aspectos, en primer lugar, que Roma estaba atravesando un momento de crisis interna; y en segundo, que los pueblos de la Península Ibérica, a pesar de contar con menos recursos y hombres para la guerra, tenían un gran conocimiento del entorno y una gran capacidad militar y estratégica, ejemplo de lo cual es la ya citada táctica de Viriato de la huida simulada que tanto daño causó entre los soldados romanos.

Otro aspecto que tienen en común las dos guerras, son sus relaciones diplomáticas con Roma. En ambos casos vemos intentos por parte de los habitantes de la península por alcanzar pactos favorables y ponerle fin al conflicto, y vemos también como en ambas guerras los romanos accedieron en ocasiones a firmar la paz, que sería más o menos duradera dependiendo de las circunstancias.

En este sentido, es importante destacar que para los celtíberos era más fácil cumplir los tratados que firmaba con Roma porque eran pueblos más desarrollados que tenían una estructura política unida, mientras que los lusitanos carecían de ella, por lo que, si un general romano firmaba la paz con un grupo lusitano, nada le aseguraba que otro grupo fuese a respetarla. Pero los indígenas no fueron los únicos que incumplieron los tratados, tanto los celtíberos como los lusitanos fueron traicionados por los generales romanos que no cumplieron la parte del pacto que les correspondía (ejemplo de lo cual es la traición de Galba).

Como vemos, no es de extrañar que estas guerras se estudien de manera conjunta, pues las similitudes que existen entre ellas son muy abundantes. No obstante, también encontramos muchas diferencias. Puede que la más destacable tenga que ver con el innegable hecho de que las tribus lusitanas tenían un nivel de desarrollo social y económico inferior a la de las celtíberas, y que eso se vio reflejado en la guerra. En este sentido, las fuentes clásicas nos dicen que los lusitanos eran buenos en las emboscadas, pero que resistían menos que los celtíberos en los combates en campo abierto.

Otra evidente diferencia entre ambos enfrentamientos es el hecho de que las Guerras Celtíberas se basaron en su mayor parte en el intento de los romanos por tomar la ciudad de Numancia. Es difícil pensar que esto hubiese podido ocurrir en la Lusitania, donde las fortificaciones eran menores al ser éste un pueblo seminómada, que, no obstante, contaba con algo de lo que los celtíberos carecían, la figura de un gran líder que elevaron a la categoría de héroe.

En conclusión, a pesar de sus diferencias, las Guerras Celtíbero-lusitanas están repletas de elementos en común que incitan a estudiarlas en conjunto para entender las posibles influencias que la una tuvo sobre la otra. Asimismo, es importante destacar el hecho de que la República Romana tuviera que mantener un ejército permanente por la constante situación de amenaza y tensión que se vivía en ambas provincias de Hispania.

FUENTES

APIANO, *Historia romana* (traducción de Javier Gómez Espelosín), Alianza editorial, Madrid, 2006.

ESTRABÓN, *Geografía* (traducción de M^a José Meana y Félix Piñero), Gredos, Madrid, 1992.

DIODORO, *Biblioteca histórica* (traducción de Joan Espasa Rodríguez), Gredos, Madrid, 2004.

BIBLIOGRAFÍA

ALVAR EZQUERRA, Jaime, *Entre fenicios y visigodos. La Historia Antigua de la Península Ibérica*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

BURILLO MOZOTA, Francisco, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona, Crítica, 1998.

CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, *La aventura de los romanos en Hispania*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

GARCÍA ALONSO, Francisco, *Roma, Cartago, iberos y celtiberos. Las grandes guerras de la Península Ibérica*, Barcelona, Editorial Planeta, 2015.

NEGRETE MEDINA, Javier, *La Conquista Romana de Hispania*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

PASTOR MUÑOZ, Mauricio, *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.

PASTOR MUÑOZ, Mauricio, Viriato en el ámbito tucitano, *Revista de Ciencias Auxiliares de la Historia*, N° 11 (2013), pp. 5-31.

PÉREZ ABELLÁN, JOSÉ ANTONIO, Problemática en torno al estudio de la figura de Viriato, *Revista de Ciencia y Didáctica de la Historia*, N°5 (2006), pp. 45-56.

ROLDÁN HERVÁS, José Manuel y WULFF ALONSO, Fernando, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid, Ediciones Istmo, 2001.

ROLDÁN HERVÁS, José Manuel, *La España Romana*, Madrid, Historia 16, 1989.

ROMERO FERNÁNDEZ, David, *Notas sobre las posibilidades defensivas poliorcéticas en Hispania durante la conquista romana*, Salamanca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2013.

SALINAS DE FRÍAS, Manuel, *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones Akal, 2010.

SALINAS DE FRÍAS, Manuel, *Conquista y romanización de la Celtiberia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.

SCHULTEN, Adolf, *Historia de Numancia*, Barcelona, Editorial Barna, 2004.

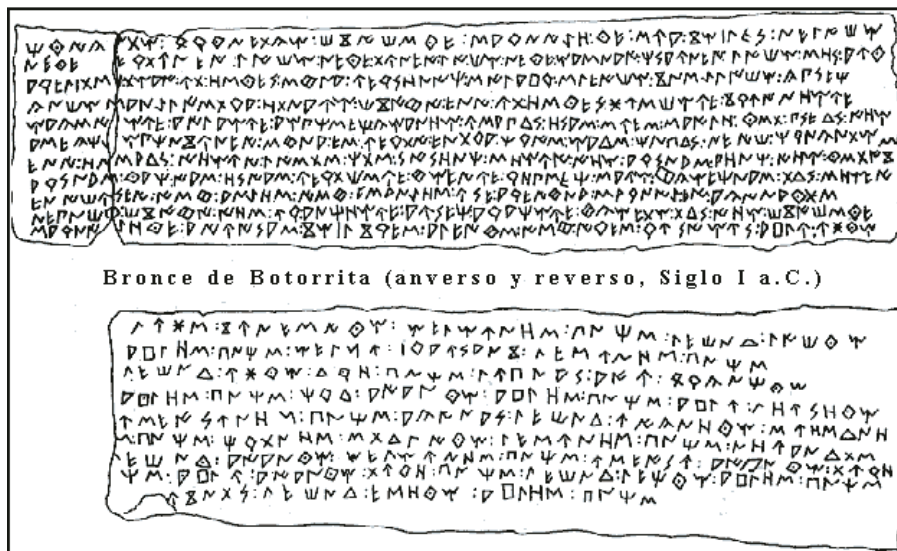
ANEXOS

ANEXO 1. Mapa de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica.



«Pueblos prerromanos», en Español 302, en línea, <
<https://sites.oxy.edu/guillen/espanol302/recursos/mapas/Hispania%20prerromana.html>>, [última consulta:
 26/08/2021]

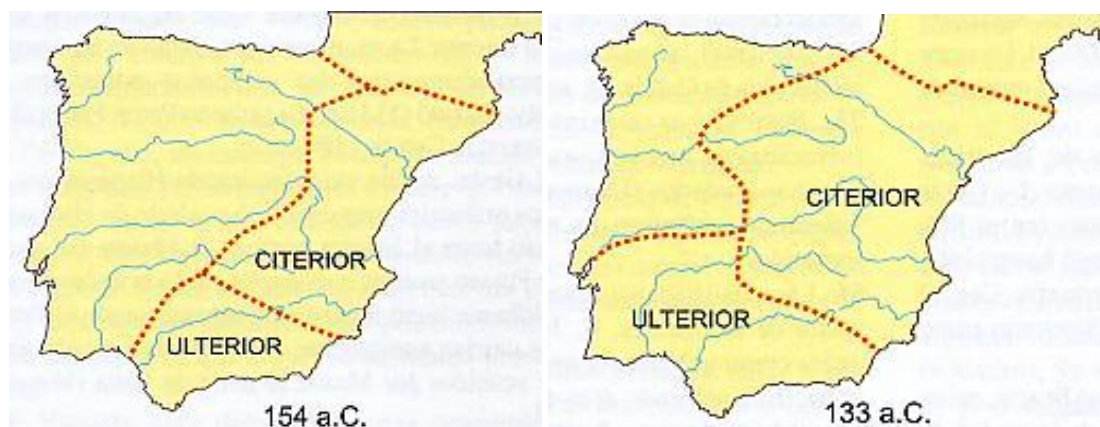
ANEXO 2. Bronce de Botorrita.



Bronce de Botorrita (anverso y reverso, Siglo I a. C.)

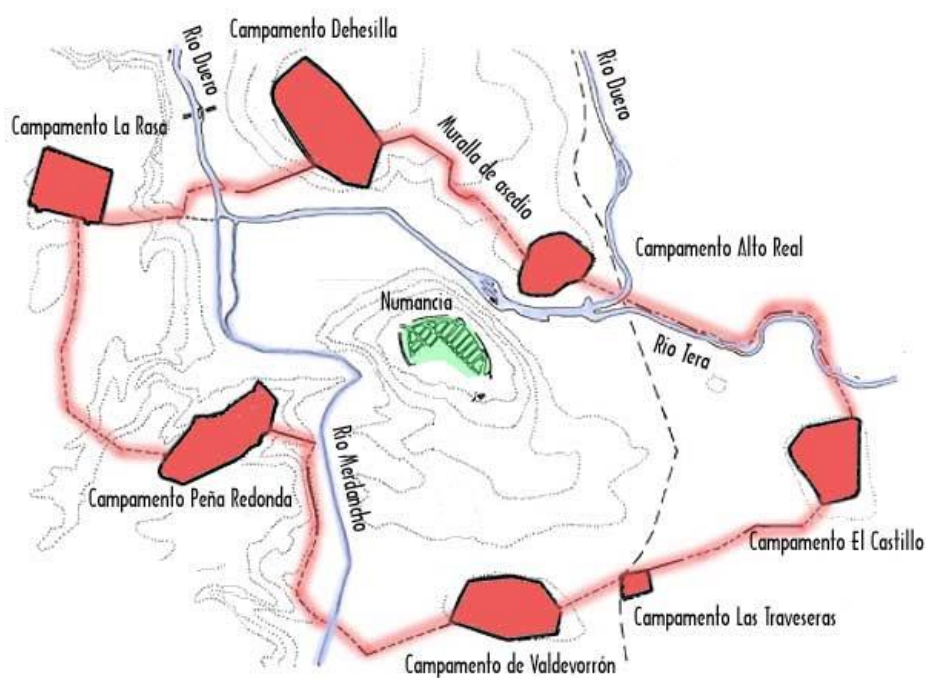
«La lengua hispano-celta o celtíbera», en Palendonia, en línea
 <http://www.palendonia.net/lengua/Lengua_hispanocelta_E.Vega.htm>, [última consulta: 15/09/2021]

ANEXO 3. Mapas de las provincias romanas de Hispania antes y después la guerra.



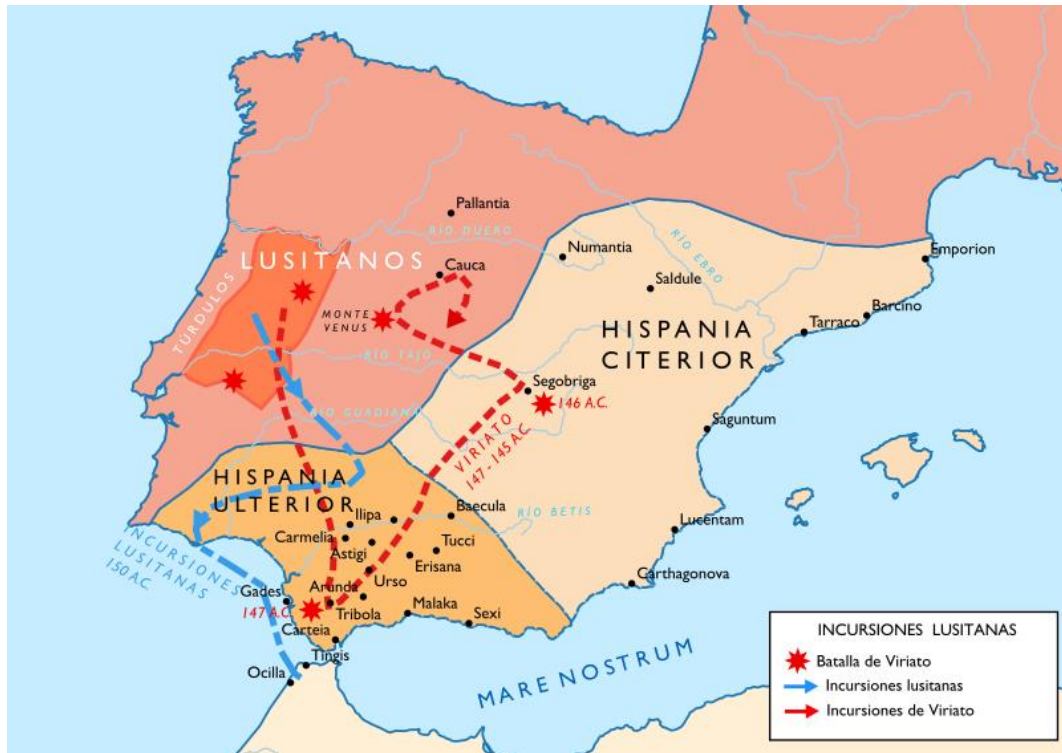
«Las provincias de la Hispania romana», en Hispanidad.info, en línea, <<http://www.hispanidad.info/provincias.htm>>, [última consulta: 26/08/2021]

ANEXO 4. Campamentos romanos durante el sitio de Numancia



«Numancia», en Historia de la arquitectura en España, en línea, <<http://www.spanisharts.com/arquitectura/imagenes/protohistoria/numancia.html>>, [última consulta: 26/08/2021]

ANEXO 5. El transcurso de las Guerras Lusitanas.



«Mapa de las campañas de Viriato contra Roma», en Wikipedia, en línea, <https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_lusitanas#/media/Archivo:Camp%C3%B1adeviriato.svg>, [última consulta: 26/08/2021]